

**CUENTOS DE
DESAMOR
FANTASÍA Y
CRIMEN
IBRAHIM GIL**



EDITORES



Cuentos de Desamor, Fantasía y Crimen

Ibrahim Gil

Ibrahim Gil
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798510858181

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Javier quería matar a alguien

El jueves a las 10:30 de la mañana la poca gente que había en el andén de la estación La California quedó espantada con el desastre que hizo Javier.

El lunes de esa misma semana, por la noche, estaba echado en su cama con el celular en la mano. Cada noche meditaba sobre la falta de satisfacción en su vida. Nada le complacía. Ni las series de televisión, las películas, los libros, la masturbación, la música, los videojuegos. Nada. Lo que Javier quería era muy extravagante: él quería matar a alguien. A quien fuera. No tenía que ser a una persona específica. Algunos videojuegos le sirvieron para hacer lo más parecido a su alcance. Pero a esas alturas los asesinatos virtuales no le generaban satisfacción. Javier quería experimentar de manera auténtica el terminar con la vida de una persona.

Recién había terminado de ver videos que le llegaron por grupos de WhatsApp, de ejecuciones que fueron grabadas. Hace tiempo eso le excitaba bastante, pero ese lunes ya le parecían porno barato. Cerró los ojos, y como en muchas otras noches se imaginó quitándole la vida a una pobre vieja de diferentes maneras. A balazos, puñaladas, estrangulamiento y arrollamiento. Nunca se le pasaba por la mente hacerles daño a sus familiares. Si matase a alguien, preferiría que fuese un desconocido.

Esta condición era muy rara para él. A pesar de su deseo retorcido, el propio Javier no se consideraba alguien malo. No se metía con nadie, ayudaba a quien le necesitara, jamás había lastimado a un animal que no fuera un insecto. Era un chamo tranquilo.

Pasado el rato de hacer muecas de amargura, Javier decidió que esa misma semana mataría a alguien de una vez por todas. Luego se quedó dormido.

Al día siguiente no prestó atención a ninguna clase. Pasó toda su jornada planeando maneras interesantes de asesinar algún transeúnte. Obviamente no lo haría con una pistola. No tenía forma de conseguirla; tampoco podía atropellar sin un carro. Ahorcar a alguien le tomaría tiempo, y lo segundo más importante del plan era poder escapar sin ser atrapado.

En el vagón de metro, camino a casa se imaginaba una forma cómoda de ejecutar su plan utilizando como modelos a varios de los que le acompañaban en el vagón.

En la cena, mientras sus padres y sus dos hermanos menores conversaban, él solo pensaba en elegir una forma correcta de alcanzar su fantasía. Mientras picaba su huevo frito puso especial atención a la mano que sujetaba el cuchillo. Por primera vez, se preguntó a quién de su familia se atrevería a matar. Pensó en Manolito, que tenía solo seis años. Era pequeño, débil, y gritaría mejor.

—Apuñalaron a José Manuel —dijo Miguel, el hermano del medio, de quince años.

—¿José Manuel? —preguntó el padre.

—El chamo que vino a hacer tarea el otro día. Creo que para robarle el teléfono. Me imagino que se alzó, así que el tipo lo acuchilló y salió corriendo.

—¿Pero está bien?

—No. Se desangró antes de llegar al hospital.

—Pero bueno muchacho, estamos comiendo —protestó la madre, que sentía lástima por la criatura, a la vez que detestaba temas como ese a la hora de comer. Javier subió las cejas al pensarlo: apuñalar y salir corriendo. Ya lo había contemplado, pero le pareció poco elegante en el momento. Ahora, cuando lo consideró de nuevo durante la cena, vio sofisticado lo sencillo del método.

Se fue a dormir, aún insatisfecho, pero con la esperanza de lograr su cometido y vivir normalmente de ahí en adelante.

El miércoles por la mañana tomó el mejor cuchillo para pan de la cocina y se fue a la universidad. Ese día tan caluroso se llevó un suéter grueso con capucha para ocultar su identidad cual superhéroe.

Entre las seis y siete de la noche, en las calles de La California, Javier se sentó con su capucha puesta a esperar en un lugar solitario, oscuro, a que apareciera alguien con quien pudiera lidiar. Por un rato no vio ninguna presa favorable: pasaron grupos de personas, una pareja y un trío de amigos. Nada con lo que a Javier le conviniera meterse. Apareció una anciana,

temblorosa y débil; la presa ideal. Javier tomó su cuchillo, salió de su rincón oscuro, se paró frente a la señora y empujó el arma con fuerza contra ella. Pero antes de que el cuchillo alcanzara la carne, un gancho derecho le dio fortísimo en la sien. Él cayó al piso. Un hombre grande que lo había visto aproximarse con el cuchillo hacia la anciana le presionaba la cabeza contra el suelo con una mano y le daba varios golpes al cuerpo con la otra. Le tiró un último izquierdazo a la cara y se aproximó a la anciana.

—Vamos por acá, señora —dijo aquel hombre—
¡Policía!

El sujeto gritaba por ayuda. Javier se puso de pie y corrió más rápido que nunca.

Casi llegando a su edificio, dos tipos se le acercaron. Uno de ellos le mostró un arma. Javier levantó las manos a la altura de la cabeza,

—Mande el teléfono.

—No nos mires la cara.

Les dio el celular. Los tipos siguieron de largo. Él terminó de llegar al apartamento. Se fue directo a su cuarto y cerró la puerta con seguro, para que nadie supiera de la golpiza que le habían propinado. Se acostó sin cenar ni ir al baño. En la cama, pensó en los asaltantes: “Esos malandros son unos hijos de puta. ¿Pero se parecen a mí? No. Yo iba a matar a la vieja, no a robarla. Esos son unos mamagüebos ladrones. Son unos hijos de puta”.

El jueves por la mañana se vistió, apenas se cepilló y orinó para salir primero que todos sin ser visto. En la universidad le hicieron un par de comentarios sobre su cara hinchada y le preguntaron el porqué de la coñaza que lo dejó así. Javier lo detenía todo diciendo que no quería hablar del tema.

Terminada la primera clase decidió regresar a casa. Llegó al metro, tomó el tren dirección Palo Verde en el primer vagón. Se bajó en La California. El reloj de la estación marcaba las 10:28. Javier miró hacia el otro extremo del andén, y vio a la misma maldita vieja de la noche anterior. Había poca gente, así que tomó la decisión. Cuando llegase el tren de aquel lado iba a empujarla y a correr. Necesitaba ser preciso. Quería tener la oportunidad de ver el impacto o el aplastamiento antes de huir. Se paró algunos metros detrás la señora para tomar impulso. Entonces sintió el aire que salía del túnel y escuchó el rumor en los rieles: el tren estaba en camino. Venía con fuerza. Antes que llegara al punto donde se encontraba la señora, Javier puso las manos en posición y corrió. La anciana se percató de que alguien venía hacia ella, y se quitó instintivamente. Javier cayó. El tren lo golpeó de frente. La piel se abrió; un brazo y una pierna salieron volando; sangre salpicó las paredes, el andén, el parabrisas del tren y a algunas personas; el cuerpo deshecho cayó entre los rieles y el tren le pasó por encima.

La caída

Amaranta despertó en la madrugada. El sueño se le quitó. Estaba inquieta. Aburrida, harta de los zancudos, e incómoda con el otro cuerpo que ocupaba más de la mitad de la cama. Volteó a mirar a Jorge. La luz de luna entraba por la ventana y le brillaba en el sudor de la cara, pintándosela de azul. Lo observó con atención, mientras procesaba una descripción del esposo en su cabeza. Larguirucho, huesudo, de músculo poco o nada, y el carisma que le duraba muy poco en las conversaciones. Era un hombre torpe, con pocas fuerzas, cuya función estaba casi reducida a ser amo de casa, pues Amaranta ganaba más dinero que él con ese sueldo de profesor.

Escudriñó en su rostro para encontrar lo que le pareció atractivo en su juventud. El cabello ondulado, la nariz aguileña, la piel morena. Pero ahora se veía más cansado, con menos cabello, no solo café; ahora estaba pintado de plateado y blanco en varios lugares. Seguía buen mozo para ella, pero el físico de su marido ya era lo de menos.

—¿Sigo enamorada de este hombre? —se preguntó, sin alzar la voz.

A los quince minutos se quedó dormida, sin llegar a una conclusión.

Jorge se levantó primero, caminó hasta la cocina y preparó el desayuno. Café con leche para él, y uno negro y

fuerte para Amaranta, con poco azúcar. La mujer llegó en silencio al comedor, aun preguntándose lo mismo de hace un rato. Jorge la miró, saboreando un poquito de esa indiferencia a la que ya se estaba acostumbrando. Era amarga. Le dolía. Pero poco valía el esfuerzo de buscar calidez en esa mujer que ya no sonreía ante los cumplidos, sin interés por los poemas, incómoda durante el contacto físico. Era muy distinta al primer recuerdo que Jorge tenía de ella. Ahora era más gorda, se veía pequeña de estatura, la piel envejecida, y la bonita cintura que solía tener se mezcló con la cadera para convertirse en una masa sin forma. Para Jorge, y cualquiera que prestara suficiente atención, los ojos seguían hermosos, castaños, pero estaban atrapados bajo cejas y párpados inexpresivos. También era impecable con el cuidado de sus uñas rojas, color que no representaba a esa mujer desapasionada tanto como el cabello teñido de negro intenso que le ocultaba las canas.

Amaranta cocinaba mal; poca sazón y se le quemaba la comida. No le ponía cariño a nada que no fuera trabajo. Así que Jorge hacía lo posible para no dejarla cocinar, sin decirle las razones.

Ambos tenían con sus incomodidades guardadas, sin saber cómo escapar. Se les había vuelto difícil precisar si lo que sentían era amor o compasión por el otro. Las ganas de cuidarse estaban ahí, solo que cada tanto tenían que tocarlas con un palo para asegurar que siguieran vivas.

La compañía de Amaranta era incómoda, y de que lo que hacía Jorge en la casa, reparaciones, limpieza y demás quedaba casi todo mal hecho.

—Buenos días, mi amor —dijo Jorge, con aparente naturalidad dentro de ese trato frío que ahora les era habitual.

—Buenos días —respondió Amaranta, disparándole una sonrisa rápida y fingida.

Sorbió su café. Algo se le pegó bajo el labio. Un sabor amargo. Había algo de jabón en pasta al borde de la taza. Amaranta corrió a escupir en la basura.

—¿Qué pasa?

—Había jabón en la taza.

—Discúlpame.

—No es cosa de disculparte o no, Jorge. Casi todo lo haces así. A los coñazos. —Amaranta, para sus adentros, se sorprendió por lo que acaba de decir. Seguramente, el fastidio de la noche y la pregunta inconclusa hablaban por ella.

—Bueno, si no te gusta hazlo tú. —respondió Jorge, que ya estaba predispuesto a confrontarla.

—Mijo, prácticamente nos mantengo. Por lo menos lava bien los platos.

La expresión siempre calmada de Jorge se llenó con furia. Amaranta había visto ese rostro con frecuencia tiempo antes de que entraran en la rutina de indiferencia.

—No aprecias nada. Eres una malagradecida.

Amaranta se estaba arrepintiendo de lo que dijo. Iba a pedir disculpas, hasta que su marido le buscó pelea. No conocía el trasfondo de aquella frase, pero la ofensa le dio en algún sitio.

—¿Agradecerte qué? Si todo lo haces mal.

—Tú hablas como si fueras una esposa modelo. Como si me retribuyeras todo lo que pongo en esta casa.

—Pues plata no es porque con ese poquito no aguantarías ni tú solo.

—¿Sólo la plata? —Jorge alzó la voz de golpe—. ¿Y todo lo demás? ¿Todas las atenciones que te doy? Coño, parezco un mayordomo en esta verga.

—Mayordomo, pero todito lo haces mal —Amaranta quería callarse. Pero no le estaba saliendo bien. Respondía de manera automática a todo lo que Jorge le lanzaba.

—¿Qué ganas voy a tener de hacerlo bien si estoy casado con una muerta?

—¿Cómo que una muerta? —dijo elevando mucho más el tono— ¿Qué es lo que te pasa a ti?

—Pero si te portas como una muerta. No ríes, no sonríes, no lo tratas bien a uno, y hasta haces el amor como una muerta.

—Por favor, como si se pudiera hacer el amor decentemente en esa cama floja. Que la mueves un poquito y se desbarata, como todo lo que arreglas en esta casa. El intercambio de ofensas se sentía horrible. Era

como si los cuerpos estuviesen expulsando algo podrido para sobrevivir, pero no había sensación de alivio por ninguna parte. De los defectos personales pasaron a los físicos un par de veces, lo debilucho de Jorge, lo gorda de Amaranta. Tanto el uno como el otro seguían peleando mientras se arrepentían de cada cosa que se decían.

La taza de café se cayó de la mano temblorosa de Jorge, que hacía un esfuerzo sobrehumano para callarse. Se hizo pedazos y el café con leche se derramó en el suelo.

—Bien bonito pues. Arréglala, a ver si te queda mejor que la cama.

Amaranta fue a arreglarse para el trabajo. Lloró un poco en la ducha, y se lavó con ganas, como para quitarse la mugre de la pelea.

Jorge estaba melancólico; limpió el desastre la taza tan rápido como pudo y se metió a bañar después de su esposa. Amaranta lo esperó para ir juntos al carro. Sentada en la sala recordó cuando regresaron de dejar a Manuel en el aeropuerto de Maiquetía, que se fue con sus tíos a Ecuador, y lo afortunados que se sentían de tenerse el uno al otro esa noche. La primera cena de navidad en familia. Y cuando apenas comenzaban a ser novios y Jorge la defendió de aquel exnovio agresivo que la acosaba. Lo jodieron ese día: le quedó el ojo morado y la nariz rota. Pero todo fuera por su Amaranta.

Abrieron la puerta. El ascensor del edificio seguía dañado, así que fueron por las escaleras. Al bajar, Amaranta trató de tomar la mano de su esposo. Jorge, por un reflejo orgulloso retiró la mano antes de que Amaranta lograra sujetarla.

Ese gesto le cayó como un balde de agua fría.

—¡Ah, nojoda! —dijo Amaranta, con un tono que mezclaba tristeza y rabia, a la vez que aceleró el paso de golpe. Como resultado, tropezó en el segundo escalón.

Antes de que se fuera de cara, Jorge tuvo tiempo de reaccionar y sujetarla, pero el peso de su mujer lo jaló. Por instinto, la rodeó con sus brazos, protegiéndole parte de la espalda y la cabeza. Rodaron hasta llegar al final de esa serie de escalones.

Jorge quedó desplomado con Amaranta encima. Estaba inmóvil. Amaranta levantó la cabeza del pecho de su marido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Él reaccionó, con un quejido muy fuerte. Tenía la pierna y un brazo rotos, y una cortada en la cabeza. Miró a Amaranta directo a los ojos y la besó.

Al día siguiente estaban de vuelta en casa, acurrucados en su cama floja, comiendo pan con perico quemado y con poca sazón.

El monstruo en la ventana

Ya era muy pasada la hora de dormir. Como en otras ocasiones alguien golpeó el vidrio de la ventana débilmente. Toc, toc, toc. Santiaguito despertó. Se incorporó en la cama y miró hacia allá. Toc, toc, toc, continuó el golpeteo. Se aproximó a la ventana, quitó el pasador y la abrió con delicadeza.

—Hola, Santiaguito —dijo con voz baja el visitante—. ¿Cómo estás?

—Hola —respondió el niño.

—¿Cómo estás? —preguntó aquel hombre de nuevo— ¿Cómo te trata tu mamá?

—Bien.

—¿Estás comiendo bien? ¿Cómo te va en la escuela? Poco entendía Santiaguito de aquel hombre tan extraño. Pero gracias a la constancia, el temor se convirtió en simpatía.

—Sí —respondió el niño.

Al hombre de la ventana le exasperaba lo incompleto y torpe de las respuestas, pero era paciente para no estropear las pocas interacciones que lograba con el niño. Extendió su mano y la puso sobre el marco de la ventana. Santiaguito retrocedió un poco.

—No debo hablar con desconocidos —dijo con tristeza.

—Yo no soy ningún desconocido.

—Mi mamá dice que eres un monstruo. Los monstruos se asoman por la ventana.

—Ella me llamó y me dijo que no viniera más. Pero lo hizo solo una vez ¿Tú le dices que yo todavía vengo?

—Ya no.

—¿Por qué?

—Porque ella no quiere que te hable —dijo al poner su mano sobre la del monstruo—. Pero tú eres mi amigo.

—¿Cómo te trata ella?

—A veces me pega. Pero me quiere mucho.

—¿Y comes bien? ¿Qué desayunaste?

—Arepas con jamón y queso.

—¿Y en el almuerzo?

Santiaguito trató de acordarse por un momento y le respondió:

—Arroz con pollo y tajada.

El hombre de la ventana estuvo por preguntarle qué cenó pero Santiaguito le respondió que arepas con huevo antes de que pudiese preguntar.

—¿Y cómo se porta tu mamá?

—Bien. Me cuida mucho. Pero a veces se emborracha con su novio.

—¿Y cómo te trata ese señor?

—Yo no le hablo. Me trata feo y me dice groserías. Mi mamá no me deja decir groserías pero a él sí.

—¿Y cómo te va en la escuela? ¿Aprendes mucho?

—Sí pero hay cosas que no entiendo.

Pasaron unos minutos hablando de las cosas que Santiaguito aprendía, y las cosas que no entendía bien.

Le contó de eventos graciosos que pasaron en la escuela y en la casa. Ambos se rieron en voz baja. El monstruo de la ventana miró el reloj en su muñeca. 10:45pm.

—Ya es hora de que me vaya, Santiaguito. Tienes que dormir.

—¿Cuándo vas a regresar? —preguntó tímidamente.

—No lo sé. No puedo venir mucho porque tu mamá se dará cuenta. Pero te prometo que algún día podremos ir de paseo. Ya veré como hacemos. Ve a dormir, que los niños tienen que descansar para crecer.

Santiaguito se dio la vuelta y se dirigió a su cama.

—Acuérdate de cerrar la ventana —le dijo el monstruo.

Santiaguito regresó.

—Chao, señor monstruo. Regrese pronto. ¿Sí?

—Claro que sí, Santiaguito.

Cerró la ventana, caminó a su cama, se arropó y se durmió casi al instante.

Aquel hombre abandonó el lugar discretamente y rompió en llanto mientras se alejaba por la calle.

El loro en el candil

13 de agosto del 2017. Un pobre muchacho con el corazón roto lloraba en la oscuridad de su cuarto. “¿Por qué no fui más maduro?” se preguntaba, “¿Cómo no me di cuenta de que todo iba mal por mi culpa?”, “He cambiado, sé que lo hice, ¿Por qué no me da otra oportunidad? Todo saldrá bien esta vez”. Le tres botellas de las cuales sólo una tenía poca cerveza todavía.

—Si pudiese regresar en el tiempo lo haría diferente— Se decía a sí mismo. Gastaba mucho de su tiempo pensando en cómo solucionaría ese desastre si pudiera viajar meses atrás. Le pedía ese poder a todo, a Dios, al universo, a la naturaleza e incluso a su gato en una ocasión. Nada ocurría. Pero esa noche tuvo una idea bastante descabellada. Recordaba haber visto una lámpara de aceite en una tienda de antigüedades, y pensando en que tenía un deseo que pedir, se propuso conseguirla.

Era bastante costosa, estaba hecha de oro, aunque fuese algo pequeña. Aun así, comenzó a reunir. Combinó el dinero que le daban sus padres, el que ganaba como pasante en una estación de radio y ahora el sueldo que obtenía como vendedor en esa tienda de miércoles a sábado. Por su buen desempeño, el dueño de la tienda decidió obsequiarle un descuento en el artículo que el joven deseaba, no muy generoso,

pero lo suficiente para que pudiera costearlo antes de lo esperado.

Finalmente llegó el 04 de octubre de 2017, y ese día al salir de la tienda, el joven corrió entusiasmado a casa, con la lámpara en una caja de cartón. Subió las escaleras de su edificio, llegó a la puerta del apartamento, entró apresuradamente, saludó a la madre y se encerró en su habitación.

Las manos le temblaban, sudaba frío, la respiración acelerada y sentía como le palpitaba la cabeza. Se sentó sobre la cama y tomó la caja. Abrió la gaveta de su mesa de noche, hurgó un poco y sacó un exacto de mango amarillo. Desplegó la hoja lentamente, luego deslizó la punta de la cuchilla por la cinta plástica y abrió la caja. En su interior se encontraba la lámpara. Al mirar el contenido se extasió. No solo le pareció que su plan tenía sentido, sino que además era infalible.

Extrajo la lámpara. La puso cuidadosamente sobre su mesa de noche y la contempló por unos segundos. Extendió su mano derecha hacia la lámpara, y aun temblando la tomó. Trató de calmarse, cerró los ojos, inhaló y luego sopló. La miró detenidamente: el candil se veía ahora mucho más extravagante que en la tienda. Con algunas líneas plateadas en la parte baja de la piquera y una esmeralda verde en la punta de la tapa morada, hecha de piedra amatista. La dejó reposar en una mano y con mucha delicadeza frotó con la otra.

Nada sucedía. El genio de la lámpara con el que esperaba encontrarse no apareció. La colocó de regreso en la mesa de noche, y sintió como la decepción le consumía. Estaba frustrado. Lleno de angustia. Se quedó ahí, sentado, mientras las lágrimas le escurrían por las mejillas. El llanto le enrojecía el rostro.

Pasó menos de un minuto, cuando se escuchó un leve golpeteo en la mesa de noche. Al notarlo, sacó el rostro, que tenía oculto tras las manos. Miró en dirección a la lámpara y pudo notar que esta se sacudía de adelante hacia atrás, de la piquera al asa y de regreso. El movimiento se detuvo. Seguidamente, ante los ojos del chico, el candil comenzó a dar pequeños saltos, durante unos tres segundos hasta detenerse por un instante. Una enorme llamarada color aguamarina brotó del orificio de la lámpara. Del fuego surgió una cabeza que ascendió hasta llegar a la cintura. Se apreciaba con facilidad que era una figura masculina, y bastante fuerte, pero no había piel visible: estaba cubierta en su totalidad por plumaje verde. El rostro se resguardaba tras una mano abierta, con uñas arregladas y tan oscuras que si no fuera por el reflejo de la luz que permitía que se notaran del color de la amatista parecerían de color negro intenso. Entre los dedos índice y pulgar se asomó un ojo con un iris color púrpura y brillante, que dejaba ver destellos de luz que parecían estar en movimiento, como un remolino. El ojo apuntó al chico, y este sentía como la mirada del ente le traspasaba hasta la espalda.

El genio movió su ojo rápidamente en todas las direcciones, luego volvió a clavarse en el muchacho. Lo observó con detenimiento. Restiró la mano del rostro, destapando un gran pico naranja. Detrás de él, dos llamaradas se extendían hacia los lados, una verde a la izquierda y una azul a la derecha. Sus brazos estaban adornados con numerosos brazaletes y cadenas de oro y plata, llenos de joyas entre los que destacaban rubíes. Vestía un chaleco rojo y de su cuello colgaba un collar de oro que tenía en su centro un rubí. Levantó la cabeza de regreso. Sus ojos estaban al descubierto, brillantes y poderosos; púrpura el derecho, dorado el izquierdo. Sobre su cabeza un turbante rojo, debajo de este, se veía en la frente una correa dorada con una esmeralda muy brillante insertada. No tenía piernas, sólo fuego aguamarina que comenzaba en el pico del candil y terminaba en su cintura.

—Mi nombre es Babbagax Xing—Hun III —dijo la fantástica— y estoy aquí para concederte un deseo. Pero sólo uno, así que deberás pensarlo bien.

El joven saltó extasiado. Gritó y celebró por casi un minuto entero, recuperó la cordura y se asomó por la puerta, preocupado de que su madre notara el escándalo o se encontrara con su peculiar huésped. Entreabrió la puerta para asomarse. Era como si el mundo entero se encontrara en animación suspendida, bañado por una débil luz dorada. Frunció el ceño

por un instante, luego abrió la boca por el asombro. Cerró la puerta y puso su atención de regreso en el genio.

—¿Puede ser cualquier deseo? —Preguntó el muchacho.

—Tengo algunas reglas inquebrantables: no puedo matar personas; revivir a los muertos; acabar con males universales como el hambre o la guerra; otorgar poderes sobrenaturales que igualen o excedan los míos; ni crear emociones de ningún tipo entre la gente, es decir, no puedo provocar que las personas se amen ni se odien.

—Entonces... quiero que regreses el tiempo, a las fechas en las que aún era novio de Eloísa —respondió el chico con los ojos bien abiertos a causa del éxtasis—. Cualquier fecha de mayo estaría bien.

—¿Estás seguro de tu deseo?

—Totalmente seguro.

Babbagax aspiró por las fosas nasales, luego exhaló por el pico. Extendió los brazos a los lados, para luego subirlos hasta que sus codos se cruzaron formando una X, los bajó hasta la altura de sus costillas y los separó mientras estos se frotaban el uno con el otro. Al separarse sus dedos al final del movimiento envió los brazos a los lados nuevamente y dio un veloz aplauso del que nació otra llamarada aguamarina que los consumió a ambos.

El muchacho regresó al 14 de mayo de 2017 y el tiempo comenzó a correr.

Finalmente llegó el 04 de octubre de 2017, y ese día al salir de la tienda, el joven corrió entusiasmado a casa, con la lámpara en una caja de cartón...

La misma noche

Cada noche, el señor Alfredo perseguía al mismo mapache que saltaba de la nada y le arrancaba el sándwich de las manos. Tenía años viviendo en el mismo edificio, y aún no comprendía como el animal entraba por el mismo agujero que el hombre tapaba con una pieza de cartón. El intruso siempre realizaba el mismo trayecto, tomaba el pan y escapaba por el pasillo. Luego llegaba hasta la terraza y se tiraba a la calle.

—¡Maldito animal! —gritaba el señor Alfredo por la ventana.

Vivía en un piso muy alto, y el mismo mapache daba el mismo salto después de cada atraco. Siempre miraba por la ventana, para ver donde caía el ladrón. Cada vez que lo hacía alcanzaba a ver al mismo hombre que caía justo después del mapache.

—Pobrecito. Ya se está desgastando de tantos carajazos. —decía compadecido de aquel suicida.

Todas las tardes, tapaba el mismo hueco la puerta con el pedazo de cartón. Por la noche, abría su nevera, sacaba la misma bandeja de queso amarillo, el mismo paquete de pan blanco rebanado, armaba el mismo sándwich, le untaba mantequilla en ambos lados por fuera, y lo ponía a tostar sobre el mismo budare caliente. Era la misma receta, el mismo sándwich, siempre igual de perfecto. Lo tomaba entre sus manos, le daba la primera mordida, dejaba que el pla-

cer le recorriera todo el cuerpo, y justo antes de dar la siguiente probada escuchó un sonido de garras en el cartón: el sonido de advertencia; la lucha estaba por comenzar. El cartón se abrió de golpe, entró el animal y le arrancó el preciado sándwich de las manos. Comenzó la misma persecución de cada noche. El señor Alfredo, como siempre, salió histérico para atrapar al mapache.

—¡Ven acá desgraciado! ¿¡Cómo te atreves a hacerme la misma maldad cada noche!?

El mapache subía por las escaleras mientras el hombre tropezaba y caía, chocaba con la misma vecina y le tumbaba las mismas ropas que había recogido del mismo tendedero, resbalaba con la misma concha de cambur y caía sobre el mismo charco. Cuando estuvo por alcanzarlo en la terraza, el mapache saltó a la calle. En su intento desesperado por atraparlo, el señor Alfredo se echó la misma gran caída, de más de veinte metros, en la que alcanzaba a verse a sí mismo asomado por la ventana, se estrelló en la misma acera, se levantó furioso y gritó: “¡Pero mañana te agarro!”

La Hoja

Era otro día en esa insípida relación entre Luís y Julia ¿Qué había sucedido? ¿Cómo pasaron de una relación perfecta a esa amistad forzada disfrazada como noviazgo? Luís lo intentaba todo: regalos, cartas, poemas, nuevos lugares a los cuales salir... Nada funcionaba con Julia. Ella callaba y Luís tenía que conformarse con un gesto de indiferencia que a veces le hacía olvidar que ella era una persona viva.

La retroalimentación mutua de la pareja consistía ahora en los “¿Qué pasa?” de Luís que se contestaban con los malditos “Nada” de Julia. ¿Qué podía hacer? No era un adivino, así que sólo le insistía, día y noche. Si estaba despierto, rara vez había hora entera que dejara pasar sin insistir. Los pensamientos negativos se acumulaban en Luís: “¿Por qué me haces esto?”, “Nada es suficiente para ti”, “Si ya no me quieres sólo dilo, nos estamos haciendo”.

Quería escapar. Salir corriendo con todas sus fuerzas y nunca regresar. Pero siempre que estaba por hacerlo sentía un vacío, cómo si al intentar alejarse dos pasos de Julia se le acertara la tierra. Al apaciguarse las ganas de escapar, el deseo de reparar las cosas era, aunque menos duradero, mucho más intenso que la necesidad de alejarse.

Siempre se juntaban en una mesa de la universidad. Un día en esa mesa predilecta, de ese comedor

predilecto, Luís arrancó una hoja de su cuaderno, y mientras Julia se iba a comprar un paquete de galletas escribió. A veces se equivocaba y tenía que tachar, por instantes se esforzaba tanto que las letras eran extraños garabatos, pero se podían entender. Plasmó en esa hoja la carta más hermosa que hubiera escrito jamás. Si con textos más sencillos había hecho llorar a Julia de la emoción, con esta la ganaría de vuelta.

Luís marcaba el último punto con Julia a pocos metros de la mesa. Soltó el bolígrafo; sentía la mano adolorida, palpitante y con la imaginación lograba ver como de la punta del bolígrafo brotaba humo.

Satisfecho, le entregó el escrito a su novia, que comenzó a leerlo enseguida. Leyó la primera cuartilla, dio vuelta a la hoja y continuó con la otra. Terminó y bajó la hoja. Una sonrisa se formó en su rostro, algo forzada e incómoda.

—Gracias —dijo antes de perderse el paquete de galletas. Guardó silencio por un rato largo hasta que llegó la hora de irse.

Luís llegó a casa, y toda la frustración que ahogaba dentro de sí salió en un grito que silenció con su almohada. Había fallado nuevamente. Tendría que encontrar una forma de desahogar sus pesares. Tomó una hoja blanca, y con un bolígrafo azul comenzó a plasmar esas emociones negativas que ahora llevaba siempre consigo. Cada vez que se sentía frustrado respecto a su relación con Julia escribía lo primero

que le llegara a la mente. La hoja no tardó en llenarse, pero Luís lo ignoraba. Simplemente sobrescribía encima de las letras. Una y otra vez; palabra sobre palabra se entremezclaban. No importaba si se encontraba solo en su cuarto, en clases o con Julia en el comedor, él escribía mientras ella ignoraba lo que acontecía sobre esa hoja que casi no tenía espacios en blanco. Con el pasar de los días se transformó en una amalgama pastosa de tinta, grafito y hasta creyón. Daba igual si no se distinguían las palabras, Luís disfrutaba desechándolo todo en el papel. Ahora era él quien se perdía en su mundo.

Un día en el comedor Julia trató de iniciar conversación:

—¿Cómo estás?

—Bastante bien —respondió animado, sin despegar la mirada de su hoja.

—¿Qué haces?

—Pinto este papel.

Una alegría extraña podía percibirse en su tono. Esa hoja lo hacía sentir bien. Su dependencia hacia Julia había muerto. Ahora su vida se enfocaba en la hoja. Julia seguía siendo su musa, pero una musa que no le interesaba tocar, casi ni le importaba verla.

—Hace tiempo que no conversamos.

—¿Sobre qué quieres hablar? —dijo sin despegarse de la hoja. Podía escribir y hablar a la vez. Transferir sus pensamientos a la hoja era ya un proceso casi orgánico.

—Lo que sea, con escucharte hablar basta para mí.

—Está bien. Comienza tú.

Julia posó su mirada en él, melancólica, con trompa temblorosa.

—No sé qué decirte...

—Pues yo tampoco.

Lo que hacía Luís ya era extraño. Todos esos sentimientos malos transferidos de su pecho al papel le provocaban satisfacción. Su rostro hacía un gesto de alegría y concentración a la vez, como si estuviese jugando un juego que siempre ganaba.

—Deja la hojita. Por lo menos mírame al rostro.

Irritado, Luís soltó el creyón verde, ya bastante gastado, con el que garabateaba. Cruzó su mirada con la de ella. Su rostro era inexpresivo.

—Bueno, hablemos. ¿Sobre qué quieres hablar?

—Sobre lo que sea...

—Bien. Di algo.

—Ya te dije que no sé qué decirte.

Tomó el creyón y se refugió de nuevo en su actividad.

—Bueno —dijo Julia, recogiendo su bolso con los ojos aguados—. Entonces me iré a casa. Buenas tardes. Se levantó de la silla y se fue. Al momento Luís se mostró indiferente. Pero a la media hora se detuvo. Los malos sentimientos ahora eran sobre sí mismo. Fue a casa. Por la noche decidió llamarla por teléfono. Ella no contestó ni respondió sus mensajes.*

Al día siguiente la buscó todas partes, hasta que final-

mente la encontró en uno de los pasillos. Después de mucho rogar, logró convencerla de acompañarlo al comedor. Ahí se disculpó una y otra vez. Trataba de justificar su dependencia hacia aquella hoja. Decía palabras revueltas, hasta que logró centrarse y armar oraciones coherentes.

—Escucha, he estado tratando de llamar tu atención por días. Y no obtuve nada a cambio de mis esfuerzos, así que para desahogarme de alguna manera empecé a rayar aquel papel.

—No me dabas espacio. Por eso estaba distante. Pero luego comenzaste a ignorarme. Tampoco quería eso.

—Pregunté varias veces. Con decirlo era suficiente. Pero igual quiero arreglar las cosas. Te daré el espacio que necesites, pero búscame tú a mí también.

Continuaron acordando cosas. Se sonrieron y abrazaron. Luís tomó su hoja, dobló el borde inferior, hacia adentro y luego hacia afuera, haciéndole presión con los dedos a la unión que quedaba entre las dos partes de la hoja cada vez. Arrancó el borde, quedando una hoja con forma cuadrada. La dobló un par de veces más, pero sin arrancar nada, hasta formar una gruya de papel.

—Ten. Te regalo mi hoja —dijo Luís—. Convertí eso negativo, en algo bueno para ti.

Julia le dio las gracias. Se acercó a él, le dio varios besos y lo abrazó con fuerza.

Así fue como Luís se reconcilió con su amada Julia, que esa misma tarde atropelló un camión.

El vidente

Existió una vez un hombre que, sin que nadie lo supiera, conocía su futuro a la perfección, diseñado para ser muy exitoso.

Desde que era niño siempre supo qué decisiones tomar para cada cosa. Como si las instrucciones vieran escritas en su cabeza y su cuerpo solo tuviera que seguir el espectro de las decisiones premeditadas. Siempre sabía qué decir, qué hacer, como hacerlo. Así, sin salirse jamás del esquema que ya conocía, siguió aquel cronograma: jugó a ese deporte tal día, y a ese otro al siguiente, para desarrollar este músculo o aquel; no porque tuviera ganas de jugar, sino que sabía lo tenía que hacer. Escribió esta respuesta y la otra en sus exámenes; no porque hubiera entendido las lecciones, sino que sabía que esas eran las respuestas correctas. Escogió esa carrera, y no otra; no porque le apasionara el oficio, sino que sabía que ésta lo haría rico. Se casó con una atractiva mujer y no con la otra; no porque le pareciera la más guapa ni agradable, sino que sabía que con esa alcanzaría el éxito. Y así vivió, calcando las acciones que venían a su cabeza como una larga lista de cosas por hacer. Se volvió muy exitoso, respetado, atractivo y adinerado. Llegado el momento de su muerte había notado lo fácil que fue. Ya conocía con superficial apreciación cada punto y cada coma. Entonces, sentado en el

costoso sofá de su enorme casa, sabiendo que en cuestión de segundos aparecería el infarto fulminante destinado a acabar con su vida, y del que tenía conciencia desde el día que nació, se aflojó la corbata y, saliéndose por única vez de la rutina se dijo a sí mismo:

—Todo fue una mierda.

El té alocado de la abuela

Luego de hervir el agua, la abuela puso cuatro bolsas de té en la misma taza. Cada uno con sabores extravagantes, de colores que otra persona no sabría identificar. Se sentó tranquilamente, acercó el brazo al piso y dejó que Menta se le enrollara. Entonces la acercó a la taza. Ella, sin oponer resistencia alguna, abrió la boca y dejó que la abuela le exprimiera los colmillos para que las gotas de veneno cayeran sobre el té.

La abuela metió su cara en el vapor e inhaló con un gesto plácido en el rostro. José Luis, sentado al otro extremo de la mesa, no necesitaba hacer lo mismo para que la esencia embriagadora, sofocante, pero a ratos adictiva del té le llegara. Muchas veces se preguntaba cómo la abuela toleraba inhalarlo directamente sin asfixiarse.

La abuela era un personaje muy extraño. Una de esas señoras que le preguntan a los jóvenes por la novia; de risa estridente que le gustaba limpiar la casa con música muy alta. Todo normal por ese lado. Pero sus souvenirs, sus recetas, los chismes que contaba; nadie comprendía de dónde sacaba todo eso. Figuras grotescas de materiales extraños al tacto con mucho valor artístico pero ninguno monetario según la abuela. Ensaladas de vegetales azules, transparentes, jugos color tornasol y carnes de animales cuyos nombres José Luis no sabía pronunciar. Y sus relatos... Cami-

natas en bikini por el Everest; esa vez que presencié un debate político entre los curas de la supuesta verdadera fe y una horda de demonios y posesos, y el día que entrenó a un tigre dientes de sable.

Su apariencia era apenas peculiar. Pasaba de los ochenta pero aparentaba menos, y a pesar de la edad, con solo ver su rostro era fácil asumir que de joven fue la mujer más bonita del mundo. La melena era larga, voluminosa, pintada de amarillo pero con raíces canosas. Piernas largas y muy gruesas, pero con poca barriga. Lo más destacable de la abuela era su estatura que rebasaba los dos metros de alto, cosa que contrastaba con el recuerdo del abuelo, que rondaba el metro cuarenta.

José Luis sentía pavor hacia la abuela en algunas ocasiones. De todos modos, no dejaba de visitarla. La abuela era su vicio. Sentía una simpatía incompresible hacia ella. Estuvo mirando como embobado el extraño menjurje hasta que sintió como un cuerpo largo le pasó arrastrándose por el pie. Se sobresaltó, los pulmones se llenaron de aire de repente pero contuvo su grito. Era Menta paseándose por el piso. Era mansa, pero no es muy común que alguien tenga una cobra suelta a sus anchas en casa.

—¿Por qué le pones esas cosas al té? —preguntó el joven.

—Esto espanta a la muerte, papito —dijo la abuela, seria pero divertida.

—¿Y sabe bien?

—Sí, vale. Te daría pero tengo que tomarme toda la taza o no funciona.

—¿Y funciona? —preguntó José Luis, con prudencia y miedo de ofender a su abuela— O sea, ¿cómo sabes que eso es lo que la espanta?

—Si la muerte misma lo admite. Y el día que tu abuelo se saltó la tacita ¡chaz! Se lo llevaron.

José Luis hizo un gesto triste:

—¿Y sufrió el abuelo cuando se lo llevaron?

—¡No, que va! Si la muerte hasta lo recogió con miedo. Tú sabes cómo es: chiquito pero más fuerte que un gorila. Igual, mi viejo se fue tranquilito. Yo lo extraño, ¿sabes? Solo que él me dijo que me cuidara, que no quería verme pronto por allá.

—Y tú le haces caso.

—Tú me conoces, yo hago lo que quiero. También es porque tengo asuntos pendientes aquí. Cuando termine lo alcanzo.

—¿También te vas a morir abuela? —preguntó José Luis, melancólico.

La abuela detonó una carcajada:

—Todavía no, papito. Todavía tengo comidas por probar, animales por ver y vainas raras por fumar.

La abuela alzó su taza:

—Salud.

Y bebió.

—Mira, ya vas a cumplir dieciocho. ¿Qué te gusta?

¿Qué quieres que te regale?

—Bueno, me gustan los dinosaurios. Cualquier cosa que tenga que ver con dinosaurios.

La abuela apretó la boca, como pensando. Peló los ojos y subió las cejas mientras asentía para sí misma.

—¿Y cuáles te gustan? —Preguntó— Los saurópodos o los terópodos.

José Luis hizo silencio. No entendía la pregunta.

—Que si te gustan los que van en dos patas y son carnívoros o los que van en 4 y son herbívoros. ¿Cuál es tu favorito?

—Mi favorito es el triceratops. El que tiene cuernos. Siguieron conversando por un rato, sobre trivialidades, la muchacha que le gustaba a José Luis y algunas de las anécdotas de la abuela en el extraño país donde conoció al abuelo. Aparentemente, todos ahí son tan pequeños que el abuelo impresionaba con su estatura.

El muchacho se durmió en posición de descanso.

Al rato despertó, atontado, en medio de una conversación. No abrió los ojos. Pudo escuchar la voz de su abuela y otra, bastante profunda y áspera que provenía de su izquierda. No se levantó para no parecer maleducado e interrumpir. José Luis tenía tanta modorra que no lograba comprender lo que se decían, pero aquella voz era intrigante. Entreabrió el ojo izquierdo, y lo apuntó hacia la dirección de la voz para curiosar. No enfocaba bien, así que estaba borroso

y un poco oscuro, pero pudo ver un traje negro, con camisa de vestir, negra y una corbata negra con líneas blancas muy finas diagonales.

El visitante y la abuela seguían su plática y se reían cada tanto.

—Mira, por cierto, te traigo una carta del viejo —dijo aquel extraño hombre.

José Luis no les ponía atención. Puso la mirada en el brazo derecho del visitante, que se metió la mano en el bolsillo del saco y la sacó con una carta tan blanca que daba la impresión de brillar.

José Luis ahogó la impresión para no dar un brinco. La mano era de hueso, y solo hueso, del color de la porcelana. Subió lentamente la mirada, y en la cima del traje se encontró con un cráneo que se reía de las ocurrencias de la abuela. José Luis se desmalló.

A partir de ese día comenzó a visitar menos a su abuela, y los días que la veía con el té en la mano encontraba cualquier excusa para escaparse de la casa temprano.

Dos meses después, en su cumpleaños, la abuela le hizo llegar un triceratops de juguete a su casa. Como podía esperarse de ella, uno lujoso, de marca y grande. Para la abuela, la situación precaria de Venezuela, y las jugueterías vacías no eran ningún obstáculo.

Junto con el juguete vino una carta.

“Ese es uno pequeño para que lo tengas mientras tanto. El bueno te lo tengo aquí en la casa”.

José Luis estaba fascinado con su dinosaurio de juguete. Llamó a la abuela y tuvieron otra de sus pláticas cotidianas salpicadas de comentarios extraños.

—Aquí te tengo el regalo grande. Después lo vienes a ver. Es tuyo, pero no sé cómo harás para llevártelo a tu casa —dijo la abuela por teléfono.

La semana siguiente, José Luis comenzó la universidad. Así que no fue a visitarla mientras se ajustaba a los horarios y al cansancio. Después, como se ennovió con Verónica, el tiempo que pudo rescatar de los estudios se lo dedicó al romance. José Luis dejó de ir. Mantuvo el contacto con la abuela por teléfono y WhatsApp.

A los seis meses, su papá le tocó la puerta del cuarto con los ojos llorosos.

—La abuela se nos fue, hijo.

En el velorio se reunieron los dieciséis tíos con sus respectivas familias. Todos más o menos de la misma estatura. Notoriamente más bajos que la abuela, pero musculosos como el abuelo, y los hombres barbones. Un día antes de la noticia, la abuela mandó una carta a sus hijos, con sus últimas voluntades. José Luis, por ser el nieto más cercano, heredó la llave de la casa, la mayoría de los regalos, y la responsabilidad de repartir las demás pertenencias que la abuela asignó a cada hijo, nieto y nuero correspondiente.

El día siguiente al entierro José Luis fue al apartamento de la abuela. Abrió la puerta, caminó dentro.

Sintió un escalofrío. Algo se le enrollaba en la pierna. Era Menta. La cobra se soltó y serpenteó por el pasillo. El joven la siguió por instinto hasta el cuarto de la abuela. Menta se detuvo junto a la cama, con la cabeza apuntando hacia la pared. José Luis estaba seguro de entenderle, debía separar la cama del muro. Hizo algo de fuerza para empujarla. Entonces quedó visible una perilla, cercana al suelo. La giró y una puerta perfectamente disfrazada con el amarillo de la pared se abrió. Era un cuarto lleno con los souvenirs más extravagantes, desde armas de fuego hasta armaduras samuráis hechas de oro. Pero en el centro había una mesa con la atracción principal, el cráneo descomunal de un triceratops, junto con una nota.

“Si quieres ver unos vivos, hay mapas e instrucciones en el escaparate”.

Media araña

Llegó a casa. Harto del trabajo, de las asignaciones incompletas, de los amores a medias, de toda mierda. Caminó rabiosamente por los pasillos, desnudándose, hasta llegar a su cuarto. Se lanzó a la cama sin cenar, sin bañarse, sin nada.

Al despertar, Marco se sentó al borde de su cama; con la cabeza pesada y ardor en el pensamiento.

Giró la cabeza. Una araña, a veces amarilla, a veces morada, subía por la pared. Mediana. Del tamaño de una tapa de botella, quizás. Decidió matarla; en su idiotez causada por la modorra, le encestó un puñetazo, aplastándola de la mitad hacia abajo. El animal sacudió las dos patas que le quedaron libres, desesperado por defenderse. Marco despegó el puño de la criatura, que tenía ahora arruinada la mitad de su cuerpo. Un jugo pegajoso quedó embarrado en su dedo índice y un poco en el del medio. La despegó de la pared. Durante ese movimiento, la araña, como último acto de guerra, trató de clavar sus quelíceros en la yema del dedo del muchacho. Tuvo la impresión de que logró enterrarlos y hasta de haberse quedado guindada de este durante menos de un segundo, pero la verdad es que ninguno de los dos podría haberlo asegurado con certeza. La araña cayó, sin color, detrás del cabecero.

Luego de vencer al invasor, Marco se dirigió al baño,

se sentó en la poceta, e imitando un poco, pero no perfectamente la pose de El Pensador, se llevó un codo a la rodilla y apoyó la cara sobre el puño. Los jugos de la araña se le embarraron en los labios. Sintió humedad en su cara, algo fría al principio, tibia cuando adelantó los labios y los hundió de vuelta para saborear, y luego fría otra vez al tragar. Un sabor extraño, desagradable y amargo se extendió en el paladar y la lengua. Al momento en que los fluidos del animal pasaron por su garganta, un corrientazo subió desde el coxis hasta sentirse frío y doloroso en la cabeza. Entonces dedujo de dónde provenía la sustancia misteriosa.

Se levantó para lavarse la boca, hizo equilibrios durante un breve mareo y logró enjuagarse en el lavamanos. Se duchó y salió a trabajar.

Pura mierda. Otra vez.

Entró a la casa, lanzó el maletín al sofá, comió poco, estaba de mal humor. Poca paga, familia necesitada, el país escoñetado, fallos amorosos. Miró bien su cocina, sucia, llena de platos sin lavar y sartenes pegajosos. El basurero rebosaba, tenía días sin vaciarlo. Gritó de rabia, lo agarró y regó los desechos en el piso. Las moscas revolotearon alrededor. Esperaban que se fuera para volver a sus asuntos con la comida podrida.

De regreso a la poceta. Se hizo una paja, más placentera durante el desarrollo que en el desenlace; de orgasmo incómodo, con calambre en la barriga, golpe en el

cerebro y una extraña náusea que casi le hace vomitar sobre el lechazo que cayó en el suelo. Permaneció im-bécil un instante, recuperándose de la violenta descarga que inútilmente estuvo acumuló al creer que abandonaría la masturbación ahora que tendría novia. Dejó caer el tronco: las costillas sobre las piernas. Sentía un peso en la nuca, como si le halaran hacia abajo para hacerle caer. Veía manchas negras, moradas y azules, como los fosfenos que nos quedan luego de restregarnos los ojos. El efecto se magnificaba: las cosas cambiaban de color. Caminó hacia afuera, tambaleándose. Pisó el semen con el pie descalzo, llegó al cuarto y se tiró en la cama sudado, con fiebre.

El mundo onírico estaba pintado de negro. Marco daba vueltas dentro de un tornado, que lo sacudía desde el suelo hasta las nubes. Solo líneas fucsias variaban entre las imágenes de aquella noche extraña. De repente, como lanzado de golpe, voló dentro de otro sueño, en el que bebía ron de una linterna. Más colores. Paredes verdes titilantes, un seibó azul, y una lámpara de noche con pantalla roja, parada en el aire a la altura del seibó, como si de un desajuste en el espacio se tratara. Intentó caminar, pero víctima de la borrachera que le dejó aquel ron, cayó por una ventana, sobre una duna de nieve. Jamás había tocado ni visto nieve, pero estaba seguro de que lo era. Quedó sumergido bajo el mar, luego subió por los aires hasta llegar al espacio, donde se masturbó otra vez. Eyacu-

laciones de colores estallaron en el cosmos; Fuegos artificiales, supernovas, fosforitos. Por un segundo desagradable hizo el amor con un gorila sobre un montón de hojas, luego de regreso al espacio, al agua y al espacio otra vez. Descendió con velocidad, hasta que quedó sentado en el banco de un parque, a plena luz del día. En el mismo banco, a su izquierda, apareció un camarón enorme, del tamaño de un elefante y con tenazas de langosta. Era Dios, o el dios de los camarones, o el dios de algo, no le había entendido bien, pero escuchó con atención la perorata con que aquella deidad le dio a entender los grandes secretos del universo, que de todos modos olvidaría al despertar. Después que el crustáceo terminó de explicarle el verdadero origen de la vida y la existencia, el porqué de las cosas, los reales principios éticos, y cuanta filosofía de camarón fuera necesaria explicar para aquel ente divino, el mundo se comprimió dentro del joven, que despertó de un salto.

Durante el calor etílico que le causó el ron y la tembladera helada de sus viajes al mar y al espacio se quitaba la ropa y se la ponía de vuelta. De vaina no se ahorca con la corbata que se aflojó mal antes de acostarse.

Despertó sudando frío. Abrió los ojos.

Preocupado por su recto, se incorporó, acordándose —y queriéndose olvidar— de su fugaz romance con el gorila. Estaba arrugado de ropas, con las marcas

que deja en la piel un sueño profundo. Se levantó, sintió el frío de las baldosas en los pies. Bajo la cama, un extraño sonido llamó su atención. Era como si algo pesado y puntiagudo golpeará el suelo repetidamente. Como si picos de metal dieran débiles toques al piso. Después, un ruido parecido al de las piedras al rodar. De este notaba que era más orgánico y baboso. Se agachó para ver. Ocho ojos furiosos destacaban entre las sombras. Un escalofrío le recorrió la espalda. Saltó a la cama al tiempo que el monstruo arremetió hacia adelante, dejándose ver. Se trataba de una araña gigantesca, a veces mostaza, a veces negra. Medía poco más de un metro y diez centímetros de largo, sin contar las patas. Estaba adornada con líneas irregulares que cambiaban de color como el resto del animal. Su gruñido variaba entre tonos agudos y graves; los ojos, daban vueltas, inspeccionaban el cuarto con ira y locura. La mitad del cuerpo estaba aplastado, tal como había quedado después del puñetazo. Débil, cansada y torpe, intentó subirse a la cama. Maldecía con chirridos. Marco tomó velozmente el reloj despertador y la golpeó con fuerza en la cabeza. Esta cayó para atrás. Alcanzó a tocar al hombre en las muñecas con sus pedipalpos viscosos. Quedó patas arriba por un momento, sacudiendo las únicas cuatro que todavía le funcionaban. El abdomen, donde alguna vez guardó sus telarañas, ahora era un bulto apachurrado y deforme.

Marco se quedó embobado mirándola. Un demonio como ese en su cuarto; una alucinación; un fenómeno proveniente del país de lo absurdo.

La araña se detuvo. Marco la miró en su deplorable estado. Ya debía estar muerta. Pero no. Todavía con la panza para arriba, pegó dos de sus patas en la cama, se incorporó, y escaló, a paso lento, pero firme. Puso sus otras patas sobre el colchón. El joven tomó el despertador otra vez, y lo arrojó con muchísima fuerza al rostro de la criatura. Esta vez, no retrocedió, y exhaló un bufido flemoso.

Acorralado, Marco saltó de la cama y corrió fuera del cuarto para salir del apartamento. El arácnido corrió detrás de él por las paredes del pasillo, y, como si supiera que planeaba escapar, logró llegar a la sala para interponerse entre él y la puerta. De todas maneras, su destino habría sido fatal si tardaba poco en abrirla.

El ímpetu del monstruo le había permitido perseguir a Marco de esa manera, aún con su cuerpo medio destruido. Cada movimiento que hacía embarraba por las superficies el jugo de sus tripas maltrechas. Había entrado en un frenesí vengativo, desde su punto de vista heroico, que le impedía mostrar debilidad.

Estaba trepada sobre la puerta, con la mirada fija en Marco. De aquí, caminó lentamente hacia el suelo. El muchacho sentía como el terror le recorría todo el cuerpo.

Marco decidió correr en sentido contrario a la puerta. El animal le siguió instantáneamente. Veloz, casi lo-

gra alcanzarlo en la cocina. Acometió; logró ensartar sus quelíceros en el dedo gordo del pie. El dolor que sintió le entumeció la pierna entera, pero la araña resbaló con los restos de basura que quedaron regados la noche anterior, y soltó a la presa. Maldijo nuevamente entre gruñidos. Las moscas revoloteaban alrededor, espantadas al ver el extraordinario tamaño del depredador.

Marco no se detuvo, el dolor era intenso, y una sustancia extraña se le había inyectado en el pie, pero su instinto de supervivencia le daba el la fuerza para luchar por su vida. Corrió hacia el lavandero, abrió la alacena y tomó una lata de insecticida. Se sentó de espaldas, en un rincón entre la pared y la secadora y empezó a sentirse muy extraño. Se mareó. Una escala de púrpuras cubrió todo el lugar. La cabeza de la araña aparecía sin cuerpo por el aire. Se dividía en tres, se juntaban en una. Era lo único café en su alucinante campo visual. Sentía placer. Mucho placer. Esa sensación embriagadora venía acompañada con un cosquilleo hormonal en los labios, la parte alta de la cabeza, la nariz y las mejillas, el centro del pecho, de los antebrazos a las muñecas, en la parte interior de los muslos, la pelvis, el miembro y en las plantas de los pies. Como un beso de enamorado. Todo acompañado de una inmensa calma.

El veneno lo puso a dormir.

Despertó a los minutos en el rincón, aún con el insec-

ticida entre las manos. Se asomó. No había rastros de la araña. El sol había subido, por lo que la luz entraba con mayor intensidad al lavandero; con eso dedujo que había pasado un buen rato. Inhaló y exhaló. Había calma. Cerró los ojos y echó la cabeza para atrás, respiró hondo de nuevo, exhaló y abrió los ojos.

Contacto visual.

La araña, igual de enorme, estaba trepada en la pared donde Marco se recostaba, mirándolo paciente, a centímetros de su cabeza. La criatura empezó a gruñir. Justo antes de que esta le saltara encima, Marco le roció insecticida en la cara. Le cayó encima, y él la empujó contra la pared para luego huir del lavandero. La araña quedó aturdida. El olor era muy fuerte y el spray le roció bastante del químico en los ojos. Quedó patas arriba otra vez. Se levantó, de la manera en que esta palabra pueda ajustarse a un artrópodo, y continuó la cacería.

Al escapar del lavandero, Marco vio el patuque de tripa que la araña dejó en las paredes y el techo a su paso.

Ahora, tenía otra oportunidad para escapar del apartamento. Correría hacia la puerta y la abriría tan rápido como le fuera posible. Corrió por la cocina, y de forma similar a como le había sucedido a la araña, resbaló con los restos de un tomate podrido que le hizo caer de bruces, con la aceleración suficiente para darle un cabezazo a la pared. El golpe sonó, fuerte, y el dolor hizo eco entre las sienas. Marco se apoyó

sobre sus rodillas, y torpemente se puso de pie. La araña atravesó la cocina, a la vez que echaba toda clase de sonidos horribles, repugnantes. Lo alcanzó y enterró los quelíceros en su vientre.

Dolor punzante.

Los colmillos le traspasaban la carne, se revolvían, salían y volvían a entrar, inyectaban veneno. Estaba paralizado, le temblaba el cuerpo, el fluido alucinógeno recorría su sangre, ahora en dosis mayores. El placer desapareció rápidamente para abrir paso a la excitación y al terror.

La araña no comía, no masticaba, se dedicaba exclusivamente al asesinato. Los bufidos que emanaba cobraban significado en su propia mente: . Le ardían los ojos. Estaban cubiertos de una sustancia viscosa y espesa. Marco los miraba fijamente. Solo podía sostener la cabeza de la araña entre sus manos mientras ella lo envenenaba. Intercambiaban miradas. El tiempo iba muy lento. Le sorprendía lo alta que podía estar la criatura si se levantaba sobre sus patas.

Comenzó a soñar despierto. Se veía a sí mismo. Estaba en una cama, desnudo con Sarah, la última mujer que lo rechazó, o con Julia, o con Magdalena, o con todas a la vez en un solo cuerpo. La besaba y la acariciaba. Le separó bien las piernas que se volvieron ocho patas de tarántula, cuatro de cada lado, luego, dispuesto a penetrarla, echó la pelvis hacia adelante, y sintió como su miembro erecto se frotaba sobre una

cabeza peluda, con varias pelotas húmedas, ojos, llenos de una sustancia viscosa y tibia. Ahora, se veía a sí mismo, manejando un monociclo. Su cabeza era de araña en ese sueño. Piezas de automóvil se juntaban sobre él, hasta que se armó un coqueto Volkswagen café. Paseaba feliz por la ciudad con sus ruedas hechas de patas largas, y veía pasar a los demás alegres ciudadanos, también con cabezas de arañas. Arañas, arañas, arañas. Volvió a la realidad por un instante y sintió como la araña lo zarandeaba de izquierda a derecha. De repente, se sintió empujado hacia una silla. Delante tenía una mesa, cubierta con elegante juego de manteles, cuchillo y tenedor en sus manos; el resto del cuarto estaba completamente oscuro. Un plato se deslizó hacia él, con una cabeza de araña enorme, de tamaño similar a la del monstruo.

—Mueres —le dijo esta, con voz grave y ronca.

Despertó por un momento, para mirar como el depredador masacraba su estómago. Regresó a la mesa. Detallaba la cabeza de araña en su plato, y en sus manos el cuchillo y tenedor. Y miraba el cuchillo, y miraba la cabeza. Y despertaba, para verlo todo con colores vivos, claros; y miraba a la araña. Y regresaba a alucinar para despertar de nuevo. Veía al monstruo, y al cuchillo, y volvía al monstruo, y otra vez al cuchillo...

Terminó de despertar. Apretaba la cabeza de la araña entre sus manos, con rabia de impotencia. Metió la

mano entre los trastes del fregadero, y sacó un cuchillo sucio. Comenzó a apuñalar la cabeza del animal. El cuchillo le lastimaba, pero no terminaba de traspasar el exoesqueleto. Se detuvo, lo apretó con tal fuerza que el bícep se le marcó como jamás lo había hecho, y enterró el cuchillo en un ojo. La araña emitió un chirrido e intentó retroceder; pero Marco sujetó la cabeza con la otra mano y retorció el cuchillo. El monstruo decidió contraatacar, y volvió a clavar sus colmillos en el muchacho.

Marco pudo notar como el arácnido subía todos sus ojos al momento que la hoja se enterró en algo blando. La araña murió.

Marco la empujó, separándola de sí. La contempló por un instante, tirada con el cuchillo en su cabeza, trató de caminar hacia la puerta y cayó muerto, a pocos metros de la bestia derrotada.

Los cazadores de Brujas

Tres hombres esperaban en oscuridad total, con un maletín sobre la mesa. Los dos ancianos, pacientes, como si nada, con sus ojos de gato acostumbrados a la penumbra. El veinteañero ansioso.

Román, el más grande y fuerte, estaba tumbado en la silla, casi acostado, chueco sobre el espaldar. Giraba el tambor del revólver con el pulgar esperando que algo pasara. Ernesto, el hermano mayor del otro viejo, se acomodó el sombrero, con esa mano tan temblorosa que parecía párkinson. Andrés, en cuclillas, miraba la red electrificada colocada en el marco de la ventana. Prendió un fósforo, lo sopló, y encendió otro al poco tiempo.

—Deja la jugadera con los fosforitos. Tiene que estar completamente oscuro —susurró Román.

—¿Qué hacemos cuando la tengamos aquí? —preguntó Andrés.

—Por lo general las envenenamos.

—¿Así tan fácil?

—Si se complica le tiramos un fósforo a la red y se incendia.

—¿Y arde bien?

—Es una red para brujas. Y las redes para brujas se prenden en candela —dijo el viejo con satisfacción. Pasada la hora Andrés se impacientó.

—Coño, abuelo. Yo creo que aquí no hay nada —dijo.

—Habla más bajo. Que si lo hubiera, te escucha y no entra —le respondió Román con la voz bajísima.

—¿Qué?

—Silencio —dijo Ernesto.

Román se acercó a Ernesto tan sigiloso que Andrés no se dio cuenta. Los ancianos tenían tantos años en el negocio que Andrés consideraba sobrenatural lo fácil que era para ellos ver a oscuras y hacerlo todo sin ruidos. Eran capaces, incluso, de conversar junto a él sin que lo notara.

—Mira, ¿y entonces, qué tiene el nieto de la señora?

—preguntó Román.

—Ella dice que se puso flaco estas semanas pero que los médicos no le encuentran nada en la sangre, ni en las heces, ni en la orina. La señora nos llamó por mal de ojo. Pero yo te aseguro que es otra cosa. Revisé al chamo. Le vi marcas en el cuello como de rasguños.

—¿Pero si entra por las ventanas por qué no pusimos la red en el cuarto del chamo? —dijo Andrés, que poco a poco se acostumbraba a las raras habilidades de los ancianos.

—La señora dice que el carajito cierra la ventana siempre antes de dormir. Así que lo más seguro es que entre por aquí —dijo Román.

—¿No puede abrir la ventana con magia?

—No si es del tipo que creo —dijo Ernesto.

—Conchale, pero dime qué tiene el muchachito pues —dijo Román con impaciencia, pero sin subir el vo-

lumen. Se escucharon unos ruidos de repente. Leves y repetitivos. El sonido de los resortes de una cama. Ernesto peló los ojos.

—Vénganse —dijo Ernesto, mientras se apoyaba del bastón y se ponía de pie.

—¿Tío, y la malla? —preguntó Andrés.

—No hay tiempo. La agarramos ahí mismo.

Los tres se aproximaron a la puerta cerrada. Ernesto tomó la llave del cuarto que le dio la señora de la casa y empujó la puerta con total sigilo. Sobre la cama una mujer cadavérica con dientes como de piraña brincaba lentamente sobre el miembro erecto del adolescente, apretándolo por el cuello.

—Verrrrga —dijo Román—. Esto está bien lejos de ser mal de ojo.

Sacó la pistola rápidamente y le disparó directo a la cara. La criatura cayó al piso mientras aullaba.

—¡Hijo de puta! —gritó.

Ernesto encendió la luz del cuarto. Román rodeó la cama, se aproximó hasta ella y le dio dos balazos.

—Cierra la ventana, Andrés —dijo Ernesto.

Andrés unió las ventanas, puso el pasador y le preguntó a su tío exaltado: —¿Qué vaina es esa?

—Un súcubo —respondió Ernesto con completa calma—. Violan a los hombres por las noches para robarles la vida. Se pueden tardar días o semanas. Menos mal que la señora nos buscó rápido.

La bruja se retorció en el suelo. Yendry, el nieto de la

señora, miraba aquel espectáculo tapándose el pene con las manos. Tenía los ojos enrojecidos y el labio tembloroso.

Román disparó tres veces más.

—Ernesto, esta vaina no se muere —dijo, mientras le metía otras tres balas al tambor. Disparó tres veces más al cuerpo que molía a patadas.

—Andrés, corre a buscar otra red en el maletín. Esta bruja es de las fuertes.

Andrés salió del cuarto a toda prisa.

—¡Deja, maldito! —gritó el súcubo con voz desgarrada. Y mordió a Román en la pierna.

—¡Ay! ¡Coño de tu madre! —gritó el anciano mientras buscaba más balas en el bolsillo de su chaleco.

Ernesto se aproximó a ellos, desenroscó la parte inferior de su bastón y dejó a la vista una pequeña hoja. Le picó un ojo a la bruja. Trató de darle en el otro, pero ella se levantó y le dio un arañazo a Román en el rostro que lo hizo caer. Luego, saltó sobre Ernesto. Antes de que pudiera morderlo justo en la cara Román la tomó por detrás y la levantó.

Tendido en el suelo, Ernesto se metió la mano en el paltó, tratando de sacar el frasco de veneno para brujas más fuerte que llevaba. Tenía que echárselo en la boca mientras la sostenían por detrás.

—No podemos esperar por la malla.

Trató de pararse con apoyo de su bastón, pero la bruja que se zarandeaba entre los brazos de Román le

dio una patada en el estómago que lo hizo caer de nuevo. Enterró todas sus uñas en el brazo izquierdo de Román, y mordió con sus dientes de piraña el antebrazo. Todo el dolor junto le subió por la espalda, así que la soltó de golpe y ella aprovechó para huir en cuatro patas por la puerta del cuarto.

Durante la confrontación, Andrés hurgaba el maletín para sacar la red del fondo. Los nervios interferían con la habilidad para ver en lo oscuro que estaba tratando de desarrollar, por eso tuvo que encender la luz. Tras desordenar, tumbando botellas y cuadernos en el maletín, encontró la red en el fondo. Tomó el taser especial para electrificarla y corrió hacia el cuarto.

—¿Qué pasa? ¿Agarraron algo? —preguntó la señora Sonya, que se asomó por el alboroto.

—Métase señora. Que es peligroso —respondió Andrés corriendo al cuarto.

Cayó bajo el portal. La bruja lo derribó al pasarle entre las piernas. Corrió por el pasillo y pasó frente a la puerta de la señora Sonya, que al ver a la criatura se encerró. Luego saltó hacia la ventana, pero solo pudo sacar medio cuerpo. Quedó atrapada en la red electrificada que habían puesto. Andrés corrió hacia ella antes de que pudiera escapar. La bruja cayó al piso entre espasmos.

—¿La tienen? —preguntó la señora Sonya, asomada por la puerta entreabierta.

Andrés sacó la caja de fósforos. Tomó el último que quedaba.

—¿Qué le vas a hacer?

—Es una red para brujas —dijo Andrés, al momento que le tiró un fósforo encendido—. Y las redes para brujas se prenden en candela.

La bruja dejó salir un alarido por unos cinco o seis segundos. No tardó en morir. Román salió a tiempo para verla consumirse. Le dio dos palmadas en el hombro a Andrés.

—Ahorita que acabe vamos a limpiar —dijo Román.

—¿Y mi tío? —preguntó Andrés.

—Está examinando al chamo.

Ellos dos limpiaban los restos mientras Ernesto revisaba bien a Yendry. El chico estaba nervioso. Tenía una expresión culpable en el rostro. Ernesto no comentó al respecto. Solo le hizo una inspección general y le preguntó cómo se sentía. Rato después la señora Sonya les pagó, recogieron y salieron a la calle. Antes de meterse al carro acordaron que Andrés iba a manejar porque Román estaba muy lastimado.

—Era fuerte la condenada —dijo Román desde el asiento trasero, acariciándose la cara.

Pasaron unos minutos en silencio hasta que Andrés preguntó al volante:

—Mira, tío. ¿Y al final qué tipo de bruja era? Porque esta abrió la ventana con magia.

—No me parece que fuera un hechizo —dijo Ernesto.

—¿Seguro? Yo vi cómo era la ventana. Te juro que solo podía abrirse desde adentro quitando el pasador

—respondió Andrés.

—Los súcubos de Caracas no pueden hacer magia.

Yo creo que el carajito le abría la ventana.

Noche de suerte

Querida Roxana, si estás leyendo esto seguro ya estás en casa y encontraste lo que encontraste. Afortunadamente, al menos para mí, no puedes formarme ningún peo por esto, jajaja.

Bueno, para hacerte comprender todo iremos a lo que yo considero el comienzo. Hace meses empezamos a tener esas peleas. Tu humor, mi desorden, tu derrochadera de plata, que soy poco hombre y que no me gusta limpiar. Así que decidí ahorrar unos reales aparte para darte una sorpresa. Comenzó a irme bien en la empresa. No lo dije para que fuera más fácil juntar la plata. Me ascendieron a la gerencia de ventas en el concesionario y el dinero comenzó a aumentar. Estuve así por unos meses, ganando más del doble. No pude evitar cagarla una que otra vez. Así que peleamos menos, pero peleamos. No lo niego, pero quiero que sepas que lo intenté.

De todas formas me sentí orgulloso de mi esfuerzo mientras terminaba de cuadrar un viaje a Margarita y otras cosas que planeaba comprarte, bolsos y demás. ¿Qué cambió? Pues, la otra noche, hace como tres semanas, cuando dejaste el teléfono en la cama te llegó un mensajito sospechoso. No lo leí completo. No sé desbloquear tu teléfono. Pero en eso que pasa cuando llega el mensaje, la pantalla se ilumina y se ve parte del texto de Whatsapp pude leer: “te me

antojas” o algo por el estilo. Un mensaje de Juan Carlos, por cierto.

Ya sabes de todo este peo porque lo hablamos, peleamos, te dije que desbloquearas el teléfono y me mostraras los mensajes. Te negaste, hasta que llegaste a los dos minutos a enseñarme el celular y decirme que no había nada, e hice como que te creí. Debe ser que soy tan güevón. Desde la semana pasada hasta ayer estuve rondando la casa a pie, y fisgoneando las ventanas. Hasta puse una camarita por ahí. Vi de todo miya. De todo. Ahora ese embarazo de dos meses tuyo me suena medio raro. Ya decía yo que no me daban las cuentas. Si casi siempre me tienes en sequía. Lo hacíamos una vez a la cuaresma porque tenías que disimular.

Cómo te podrás imaginar, tuve arranques de arrechera, que no dejé salir porque te habría matado a coñazos. Pero era una forma ridícula de acabar todo, si jamás nos pusimos una mano encima. Entonces, decidí que me vengaría de una forma más sutil. Tomé los once mil dólares que tenía reunidos y toda la plata de nuestros gastos mensuales, y hasta los fondos para las emergencias médicas y fui a hacerme mierda.

Me escapé a varios bares y salones de juegos. Comencé jugando pool en un bar de Sabana Grande. Con pequeñas apuestas de cinco dólares. La gente no tenía mucho para apostar, así que los dejé jugar con los equivalentes en bolívares y hasta un poco

menos. Traté de que no fuera obvio que quería deshacerme de esa plata. Compré una botella de ron y empecé a beberlo mientras jugaba con apenas unos hielos. Al cabo de unas partidas bastante rápidas dejé a mis retadores sin nada. Jamás en mi vida había jugado pool, pero con lo que se me metió tuve maestría empujando la bola blanca contra las demás y esquivando la bola ocho hasta el final. La gente se juntó para verme jugar. Muy de vez en cuando fallaba. Pero ganaba todas.

Como a eso de las diez se apareció un hombre moreno, vestido con un traje gris, camisa amarilla desarreglada y sombrero. Parecía cantante de salsa. Estaba acompañado por un séquito de cuatro tipos bastante grandes. Según me dijeron otros del bar, susurrando, tenía que cuidarme de ese. Era un tipo peligroso, con plata y dueño de no sé qué negocios. A esa hora la caña me tenía mal. El punto es que me retó. No sé si para dársela de arrecho o para intimidarme. Inició su apuesta con dos mil dólares. Jugando contra todos en el bar yo no había reunido ni mil, pero como venía con ganas de botar esos reales acepté.

Él jugó primero. Disparó sin fallar hasta que le faltaban dos bolas. En mi turno, no fallé hasta que me encontré ante la 8. Supongo que con la emoción de estar por ganar las manos me temblaban y fallé. Perdí. El tipo se carcajeó, y con sorna me felicitó y casi se va, pero le aposté cuatro mil para otra ronda. Aceptó.

Esta vez, a cuatro bolas de ganar falló. Jugó mientras yo iba bajando la botella. En mi turno no fallé ni una vez. Me quedé los cuatro mil. Jugamos cuatro rondas más, y las gané todas. Terminé con poco más de diecinueve mil dólares en el bolsillo.

Me puse a beber y a echar vaina con el señor este y me dijo que conocía un lugar bueno para jugar a la ruleta. Con lo peo que estaba no podía manejar, pero mis deseos de derrochar el dinero divirtiéndome seguían ahí. De todas formas, de lo poco que recuerdo de aquel rato me viene algo de él diciéndome que no podía manejar como estaba. Él tipo se subió en un carro, y yo en el mío. Uno de sus amigos se subió conmigo y manejó por mí. No sé bien por donde nos metimos, me quedé dormido unos minutos. Me despertaron al llegar, me dejaron ir al baño a que me lavara la cara y me llevaron por un salón elegante, todo de madera embalsamada, hasta una mesa donde se encontraba la ruleta.

Ahí, me encontré con varios carajos parecidos al que me trajo, al menos en su forma de vestir. El que más destacaba (o al que recuerdo más, por buenas razones) era uno de pantalón gris, saco azul, sombrero azul y franela roja. El cabello le llegaba hasta la parte baja del cuello. Eran pelos muy delgados, peinados hacia atrás con gelatina. Lo acompañaba un sujeto alcoholizado, alto, de traje gris como el que llegó conmigo y también con franela, de color rosado. Tenía

cara de atarantado, pero bebía como si no hubiera un mañana. Creo que era su hijo.

Otra vez, apostaba una cantidad grande, unos cinco mil, en un juego del que no sabía casi nada. Primero aposté a eso que llaman la docena. La segunda docena precisamente, del 13 al 24, creo. Fallé. La pelota blanca cayó en el 5. En el segundo intento aposté de nuevo a la segunda docena y volví a fallar. En el tercer intento hice algo que llaman línea: apostar a dos filas de números horizontales que están una sobre la otra. Del 7 al 12, me parece. A partir de ahí comencé a ganar, y a ganar. Sin importar lo que pusiera. Jamás repetí las docenas, cada jugada cerraba mis posibilidades, pero hacía más dinero y esos hombres seguían poniendo y poniendo. Llegué a un punto en que parecía favorecido por Dios. Nadie daba crédito a ello, ni siquiera yo, pero elegía números aleatorios del tablero, uno, diez, veintiséis, el doble cero, y cada vez que hacía eso acertaba. Ya estaba ebrio de suerte más que de alcohol, aunque bebí otro poco. Así estuvimos por un rato, hasta que solo nos animamos el de traje azul y yo. Él apostó por laterales, cuadro, docenas y demás. Yo, solo apostaba a un número completo en cada juego. La bolita siempre caía lejos de su apuesta, y se iba directo a mi número. Cuando él desistió yo llevaba encima como ochocientos mil dólares y medio. Me dio la impresión de que el tipo me miraba con rabia. Más tarde, por la madrugada me iba a dar cuenta de que tenía razón.

Antes de que pudiera subirme al vehículo el tipo se me acerca y me pregunta cómo hice, que si había hecho trampa. Supongo que tratando de aprovechar el principio de “borracho no miente”. Pero yo le respondí que no sabía. Estaba teniendo suerte y ya.

—Es más, te apuesto la mitad de lo que tengo en cara o sello, para que veas—. Le dije.

Tiré una moneda y la atajé en el aire. Dije que salió cara. Abrí la mano y efectivamente, era cara. Volví a lanzar, dije que era cara de nuevo, abrí la mano, y el rostro de Bolívar estaba ahí. Intentamos una tercera vez.

—Elije tú qué va a salir —Le dije antes de lanzar—. Si la pegas, ganas.

—Cara—. Me respondió.

Abrí la mano. Sello.

Le di la moneda.

—Mira, lo apuesto todo, lanzas tú, y elije tú.

El hombre lanzó la moneda, la atajó con la mano derecha y echó la mano con la moneda sobre el brazo, así como los niños en la calle.

—Sello—. Dijo con expresión nerviosa.

Salió cara.

Agarré mi carro y me fui, menos rascado que antes, apenas algo prendido, mientras aquel hombre me miraba estupefacto.

Manejé perdidísimo por un rato, hasta que la calle se me hizo más o menos reconocible. No me pude desquitar malgastando la plata, así que agarré para un

burdel de la zona. Lo conocía por unos amigos, yo ni de vaina me había aventurado a una cosa de esas en todo nuestro matrimonio. Entré, era un sitio lujoso, o bueno, eso diré, no sé mucho de burdeles. Bebí. Por ese rato, casi las tres y media, fue que revisé el teléfono y vi tus mensajes preguntando por mí y tus llamadas perdidas. Pero las ignoré.

En el lugar vi poca gente, entre ellos a ningún conocido aparte de tu querido Juan Carlos. Me abordó una mujer de baja estatura, con cuerpo esbelto y buen rostro debo decir. Era morena, y viéndole las raíces era fácil decir que ese pelo rubio era pintado. Hicimos conversación. Por mera curiosidad, le pregunté con cuanta frecuencia veían a aquel hombre en el lugar y señalé a Juan Carlos. Ella me dijo que era frecuente verlo, cada dos semanas. Algunas de las trabajadoras, incluida ella, lo conocen de antes. Dijo que a veces ronda por las calles recogiendo prostitutas en el carro. Solo para que andes clara que a su mujer no es a la única que le pone los cuernos. En fin, me aparté con esta mujer, Marlenis a un cuarto, nos arrancamos la ropa, se me subió encima, e hicimos lo que el tiempo nos permitió. Que si diez minutos después, alguien comenzó a tocar la puerta, casi con furia. Marlenis me sacó de ella, caminó y fue a ver. Entreabrió. La persona afuera empujó con fuerza y la tumbó del portazo. Era el hijo grandulón del tipo de saco azul. Detrás estaba él, con otros dos. Me aga-

rraron forcejeando, me bajaron por las escaleras y me sacaron. Me quitaron las llaves, mi celular y luego me echaron al asiento trasero de mi carro, donde tenía el dinero que gané. Aunque me quedé con el condón pegado. Mis cosas las pusieron todas en la guantera. Me quedé solo con el hijo gafo del tipo del saco azul, que estaba en el asiento de copiloto. Seguía rascadísimo, pero lo dejaron conmigo para que me cuidara, mientras ellos iban a pasar el rato con las mujeres. Le dijeron que si intentaba algo me matara.

El güevón este empezó a reclamarme qué hacía con Marlenis, si esa era su mujer. Me decía arrecho entre lágrimas que nadie se la tocaba, que era el amor de su vida, que se iban a casar. Yo, por mi lado, asustadísimo, sin saber que harían estos carajos conmigo, no pude evitar burlarme de él.

—¿Tú en serio estás enamorado de la prostituta?— dije entre risas—. ¿De todas las mujeres que hay te vienes a enamorar de una prostituta?.

—Cállate. Cállate que yo si te mato.

No sé si es que me estaba volviendo loco, o si es que tenía unas ganas de morir reprimidas, pero me seguí burlando.

—¡Qué güevón! ¡Qué güevón! ¡Qué güevón eres! ¡Dios mío, qué güevón!

El tipo se alteró. Se volteó en el asiento y sacó un revólver, y me apretó la boca del arma contra la cara.

—¿Tú crees que estoy jugando? Sí te voy a matar.

Pero en serio estaba demasiado rascado. En la mierda. Ni siquiera tenía el dedo en el guardamonte. Le temblaba la mano. Me quedé quieto, sudado, y ahora, más tembloroso que él. La valentía que tuve toda la noche se fue de momento, y regresó con una fuerza bruta que yo me desconocía. Un instinto salvaje me hizo tratar de quitarle la pistola de la mano. El tipo pisó el gatillo: no pasó nada. Ya era tarde para echarse atrás. Yo seguí peleando. El pendejo este, que jalaba con las dos manos, quitó una para tirarme golpes. Me dio dos en la cara, pero resistí con tanta desesperación que no le bastó para quitarme el arma. Se la quité, pisé el martillo, giré el tambor un espacio, le apunté, y le di justo en la cabeza. La bala traspasó el vidrio.

Revisé el tambor, solo quedaba una bala, junto al puesto vacío que dejó el proyectil que disparé.

Me pasé desde atrás al puesto de piloto, abrí la guantera y saqué las llaves, las metí y arranqué sin sacar el cuerpo del carro. Manejé con toda la velocidad que el auto daba. Antes de alcanzar una ruta conocida que me permitiera llegar. Hasta le pasé por encima a alguien, me da la impresión de que era un adolescente. Comencé a llorar mientras conducía, pero el miedo no me dejaba parar. Pude reducir la velocidad cuando estuve cerca de la casa.

Entré, vi que a pesar de tus llamadas saliste, supongo que a trabajar, y por la rabia comencé a revolverlo todo. Quería joderte, quería joderte a ti, y lo que hice

fue meterme en este embrollo pero full de plata. Me desahogué volteando la mesa, rompiendo los vidrios, y cada plato. Luego me calmé, encendí la computadora y comencé a redactar mi pequeña aventura para ti. Después, hice lo que ves en la cama: apreté el martillo, moví el tambor, posicioné la bala que quedaba, me puse la pistola en la boca y disparé. O al menos, es lo que estoy a punto de hacer. Tú, has lo que te dé la gana. La plata que gané esta amuñuñada en la guantera y bajo el puesto de copiloto que tiene el cuerpo. Gástala en lo que te dé la gana con Juan Carlos. Con el favor de Dios, el mal nacido ese te contagiará alguna vaina.

La Trilogía del Pan

Horacio

Todas las tardes, de lunes a viernes a un cuarto para las seis, Horacio sale a comprar un pan campesino a la panadería de la señora Lourdes, regresa a su casa, y se lo come sin nada, desmenuzándolo, mientras ve *El Chavo del 8*. Ese martes, como cualquier otro día, cambiaba los canales impaciente y miraba el reloj.

Marcaron las cinco y cuarenta y cinco de la tarde. Se levantó de la silla, tomó sus llaves y abrió la puerta. Salió del apartamento, bajó las escaleras del primer piso y se paró bajo el portal para mirar a la izquierda y la derecha. Inhaló el aroma de la calle. Disfrutó la mezcla de olor a basura, humo, tubo de escape. Las aceras inmundas, gente caminando de allá para acá. Algunos sonríen y dan los buenos días al pasar, otros indiferentes, y uno que otro con el ceño fruncido. Cruza la calle entre dos carros detenidos por el semáforo y dobla a la izquierda. Bailaba de manera discreta para drenar parte de ese buen humor previo a su ritual de cada anochecer, esquivando bolsas de basura y transeúntes, hasta llegar a la panadería de Lourdes.

Siempre pasaba junto a un callejón solitario que se abría entre dos muros. Por lo general no se veía un alma en ese lugar. A veces algún gato o perro acostado boca arriba, pero Horacio no le ponía mucha

atención a sus detalles, siempre lo pasaba de largo y le ponía más atención al árbol que agrietó la acera a pocos metros. No le tomaría un minuto entero alcanzar su destino. La única preocupación que tenía era que se le apareciera alguien a pedirle limosna, cosa muy frecuente esos días. Más de una vez se le descompletó la plata sin darse cuenta o tuvo que regalarle el culito de la pieza de pan a una persona con hambre. Solo de vez en cuando se hacía el loco.

Panadería *La Tía* dice el letrero de la entrada, en sus letras color rosado sobre un marco verde que todavía encienden por las noches. Horacio empuja la puerta de vidrio, hay cola para comprar el pan. Últimamente son más largas, porque a diferencia de otras panaderías en *La Tía* siempre hay pan.

El aroma le llena los pulmones a Horacio. Horneado, dulce. No le cuesta trabajo imaginarse el pan en sus manos, el sabor, la sensación de cómo se rompe la concha suavemente entre sus dedos. Pero le preocupa no estar a las seis en punto en su casa.

—Qué vaina estas colas —susurra para sí.

—Y agradece que al menos tenemos esto, que en otras panaderías ni pan tienen —responde Enrique, dándose la vuelta.

—Épale viejo, ¿cómo estás? —le saluda Horacio con tono más o menos animado.

—En la lucha hermano, en la lucha.

—Tenía tiempo que no te veía por ahí.

—No, si me han asaltado dos veces este año. La vaina está muy arrecha así que salgo temprano. Hoy porque me agarró esta cola.

—¿Y cómo están Mara y los muchachos? —fingió interesarse Horacio, mientras aspiraba la esencia de los hornos.

La cola se movió, lenta pero segura. A los ocho minutos Enrique ya estaba retirando cuatro canillas. Se despidió y salió de la panadería. Horacio se aproximó al mostrador, y le encargó a Julián su campesino de siempre. Se sonrieron con la complicidad que desarrollan vendedor y cliente tras muchos años de lealtad.

—¿El de siempre? —dijo Julián.

—¿Cómo va a ser otro muchacho? Si el mejor es el de siempre.

Horacio pasa la tarjeta, da número de cédula y clave. No quiere copia de la factura. Se da la mano con Julián, se dicen “hasta mañana” y sale de la panadería. Ya con su bolsa de pan, camina con más ánimos, retoma su baile con ganas y una sonrisa. Da uno que otro aplauso mientras la bolsa le guinda del pulgar. Mira que no venga nadie, arranca la punta del pan, la huele y la muerde. Camina con ella entre los dientes en trance, se le relaja el cuerpo, endereza la espalda, afloja los brazos.

—Mmmmmmm...—deja sonar con placer.

La calle está sola. No hay nadie a quien darle el paso ni con quien compartir su pan. Pasa junto al árbol, y

por poco ignora el callejón. Pero algo se le metió en el rabillo del ojo. Dos hombres, uno apuntándole al otro con una pistola. Horacio se paraliza. Ve al tipo de la izquierda, sujetando el arma con las dos manos. Le tiemblan. Suda y resopla.

—No, manito. Por favor —gimotea el otro. Era visiblemente mayor que el chico de la pistola, que tendría alrededor de diecinueve.

—Pega la espalda a la pared. Pega la espalda a la pared, maldito —le respondió el otro, con lágrimas en los ojos. —Tú sabes lo que hiciste.

Horacio no se puede mover. Solo ve, se pone la mano sobre el bigote, escucha como le latén las sienes, transpira. Las piernas no le responden.

El tipo frente al arma suda muchísimo, más que Horacio. Respira corto y acelerado. El muchacho llora, llena los pulmones de aire, y bota por la nariz. Le tiembla el dedo sobre el gatillo. Cierra los ojos un instante, bota aire por la boca y baja la pistola. Al abrirlos ve como el otro trata de sacarse algo de la cintura. Instintivamente levanta el arma, detona tres veces; un tiro en la barriga y dos en el pecho. El otro cae al piso con un arma en la mano. Se retuerce un instante y queda tieso. Horacio se espanta con el ruido y casi cae también.

El muchacho se tambalea un poco, da la vuelta y se agacha para vomitar. Se levanta, mira hacia la salida del callejón y pega un brinco cuando tiene contacto

visual con Horacio. Los dos se miran, a lo lejos en silencio, hasta que el asesino reacciona. Le apunta a Horacio, pero en seguida baja el arma y sale corriendo. Se pierde en lo profundo del callejón. Horacio ve al piso, se le cayó la pieza de pan que tenía en la boca. Se limpia el sudor de la frente con una mano y apura el paso hasta su edificio. Sube las escaleras, abre la puerta y entra temblando. Se sienta frente a la tele con alivio, la prende. Arranca un pedacito del pan campesino.

“Este es el programa número uno de la televisión humorística...” dice el televisor.

Pero Horacio no come. Se le sacude la mano. No puede meterse el pan a la boca.

Arnold

Mareo. La vista borrosa por un segundo. Mira fuera del callejón. Cruza miradas con un hombre tembloroso. Arnold está aturdido. Solo lo mira sin decir nada. Igual el hombre con la bolsa de pan en una mano. Decide apuntarle con la pistola, pero la baja con rapidez y corre hacia dentro del callejón.

Llega a casa. Se sienta en la cama. Se dobla sobre el estómago y se cubre las orejas con las manos: ruido sordo le entra como aire caliente a la cabeza. Arde, le duele en el encéfalo. Está muy abrumado, aunque no tiene ganas de llorar. Tomó la pistola y pensó en su tía; no sabía si descansaba en paz o si estaba horro-

zada. De todas maneras, ya no le quedaban energías para pensar en el asunto así que hundió la cara en la almohada y se dejó dormir.

Semanas atrás caminaba con Daniel, un adulto del barrio del que se hizo amigo hace poco. Arnold disfrutaba vagar por ahí. Le iba fatal en el colegio, mala conducta y peleón como pocos. Y desde que se comenzó a juntar con aquel tipo todo fue de mal en peor.

Daniel vio en el muchachito la clase de actitud que le venía bien a un compañero de atraco. Tenía un tiempo hablándole de lo bien que retribuía la vida como asaltante. Arnold no sabía si era tan audaz como para dedicarse al crimen. De todas formas, sentía auténtica admiración por el ladrón. Así es en su barrio, el fuerte, el macho, el delincuente es figura con autoridad. Y aunque él no ocupara ese estatus lo respetaba. Esa tarde le estaba mostrando el callejón por el que se salía del barrio:

—...Y de aquí empiezo a rondar. Siempre para afuera. No se asalta en el barrio. No se jode a la gente del barrio —dice Daniel con seriedad.

Arnold calla y asiente.

Salen del callejón. Aún es de día. Daniel le da un recorrido por la calle que por supuesto, Arnold ya conoce.

—Yo me meto por los rincones más oscuros de calles solas. Pero voy rotando la vaina. No me quedo mismo lugar siempre. También a veces cuando me regreso y veo a alguien caminando solo: chaz, le meto

su susto, agarro lo mío y pa' la casa —dijo, conteniendo una risa falsa al final de la frase.

Arnold sigue en silencio. No quiere admitirlo, pero muy en sus adentros, le asusta la idea. Una presión desde adentro le obliga a asentir con la cabeza.

Regresan al barrio al anochecer. Suben hasta la casa del fondo, atrás en el cerro, hecha de ladrillos y rodeada por una cerca de alambre. Arnold estaba aterrado. Esta vez Daniel pudo verlo en su expresión.

—Tranquilo, chamo ¿estás cagao'? —pregunta Daniel con tono burlón.

—Es la hora. Mi tía debe estar arrecha.

—Bueno, menor. Si te quieres meter en esto no puedes seguir obedeciendo a tu tía en todo. Vas a llegar tarde y si te descubre ni te cuento.

Arnold vuelve a aplacar las ganas de rechazar la oferta. Ya está ahí. Sin ganas de que lo tomen por miedoso.

Dentro de la casa apesta a cigarrillo, sudor y mugre. En la sala tres tipos revisan varios celulares. A un lado están tiradas unas billeteras sin efectivo. Daniel los saluda, y sigue de largo. Se asoma a la cocina. Una señora de unos treinta y pico está preparando algo. Daniel la saluda y pregunta por Juan Pablo, solo por cortesía.

—Está en su cuarto, donde siempre. Tócale la puerta. Daniel toca y la voz de adentro le dice que pase. Abre la puerta de un cuarto con olor a patas, oscuro, ilumi-

nado solo por la pantalla de un televisor. Se saludan animadamente él y el anciano moreno y canoso que reposa sin camisa sobre la cama.

—Este es el chamito del que te hablé. Se llama Arnold, como Terminator.

El viejo le extiende la mano.

—Juan Pablo Linares, a su servicio —dice, durante el apretón.

Arnold otra vez, asiente y calla.

—Ay, pero este es un chamo callao' ¿Dónde está ese ánimo pues? —dice Juan Pablo con una sonrisa.

Arnold trata de decir algo para quedar bien, pero no tiene aire ni palabras. Está nervioso, el ambiente, la gente que se está aprendiendo su cara y su nombre, y el mal olor lo están mareando.

—Arnold, di algo pues. ¿Me vas a hacer quedar mal, el mío?

—¿Mira, y este es hijo de quién?

—Es sobrino de ¿la señora Matilde es que se llama? Una que casi nadie conoce.

—Yo no lo veo muy convencido, Daniel.

—Lo que pasa es que es un chamo tímido. Está callado porque no ha entrado en confianza ¿verdad, Arnold?

—Sí vale. Yo hablo poco, pero voy activo —dice Arnold, para forzar alguna palabra y que al menos se le escuche la voz.

—Vamos a hacer lo siguiente —dice Juan Pablo, le-

vantándose de la cama. —Te vas a llevar esto a tu casa por unos días.

Abre una gaveta, saca algo, luego abre otra, saca algo más y se dirige a él.

—Toma —dice, tras de meterle el peine a una nueve milímetros —obsérvala, siéntela, échale un ojo, pero no la dis pares. Hablas con Daniel al séptimo día y le dices si te gusta o no. Si te quieres quedar con nosotros bienvenido. Regresas y te enseñamos como se usa. Si no, la mandas de regreso con Daniel, no hay peo.

Cuando Arnold la tuvo en las manos sintió como el cuerpo se le infló con adrenalina. La miró con detenimiento y de manera inconsciente comenzó a acariciarla.

—Daniel, enséñale a quitar el peine para que pueda divertirse con eso aunque sea. No le vayas a quitar el seguro mientras la tienes, ¿oíste Terminator?

Arnold y Daniel dejara a Juan Pablo con su película. En la sala le muestra lo del peine, se despiden y abandonan la casa.

La señora Matilde ya había llegado del trabajo cuando Arnold entró a la casa. Le formó su rollo por andar en la calle a esas horas y lo dejó quieto, ya que esta vez le dio la razón. Por lo general, él le discutía. Esa vez, tenía la pistola oculta tras la espalda, sujeta en la cintura del pantalón. Estaba nervioso y muerto de ganas por jorungar el arma un poco más.

El día siguiente lo pasa encerrado en su casa, obsesionado con la sensación que le produce tener el arma

en las manos. Se mira en el espejo apuntando con el arma, fascinado con las poses que hace; quita y pone el peine; y por poco se le olvida almorzar mientras juega a que le dispara a objetos de la casa. Como a las seis en de la tarde se recuesta con la pistola justo a un lado, y se queda profundamente dormido. Más tarde lo despiertan de golpe en el cuarto a oscuras. La tía Matilde llegó del trabajo minutos antes, y como lo vio dormido con la puerta abierta a esa hora tan inusual se acercó para ver que no tuviera fiebre. Por poco se desmaya en cuanto notó la pistola que portaba su sobrino.

—Ven para acá —dijo la señora con tono hostil.

Arnold se pone blanco y la sigue hasta el comedor. Ella se sienta en un silla pone los brazos cruzados sobre la mesa.

—¿Tú me puedes decir qué vaina es esta?

—Me la prestaron, tía. Pero es solo para que la viera. No la voy a usar.

Matilde achina los ojos:

—¿Pero tú crees que yo soy pendeja? ¿Tú crees que yo no me imagino lo que te quieren poner a hacer con esto?

—Nada tía, no voy a hacer nada con eso. Solo la estoy viendo —dice Arnold, ya irritado.

—Me haces el favor y lo botas o lo devuelves o yo no sé cómo irás a hacer. Pero esa vaina no la quiero en mi casa.

—Bueno, yo la regreso —responde el muchacho, avergonzado.

—Es que yo no sé qué tienes en la cabeza, muchacho. ¿Tú no sabes lo peligrosa que es la cosa esa? —dice antes de hacer una pausa mirando al techo. —Yo me esmero en cuidarte, muchachito. A lo mejor no puedo dártelo todo, pero hago mi esfuerzo por sacarte adelante. Ni tu mamá ni tu papá mueven un dedo por ti. Colabórame aunque sea. Gradúate. Consigue trabajo, ve si quedas en la central. O como mínimo, no me des problemas.

—Perdón, tía.

Luego de la cena más incómoda de sus vidas los dos se fueron a dormir. Al día siguiente va al liceo y regresa directo a su casa. No devolvió la pistola como había prometido y aunque el éxtasis que le producía disminuyó, pasa un buen rato contemplándola. Cuando falta poco tiempo para que su tía llegue a la casa esconde el arma cuidadosamente bajo el colchón.

Hace poco anocheció. Hay muchísima cola en la autopista. La señora Matilde camina desde donde la deja la camioneta y se dirige al callejón para entrar al barrio. Tiene puesto conjunto que usa para su puesto de secretaria. Caminar por la calle oscura la pone nerviosa. Hurga el bolso con una mano por si algo pasa. Le falta un poco para acercarse al callejón. Dos hombres salen de una esquina y le caminan cerca.

—Doñita —dice uno.

La señora Matilde trata de apretar el paso. Las manos le tiemblan. No consigue lo que busca en el bolso.

—Pure, péguese contra la pared —dice otro.

Ella trata de ignorar. No ha visto el arma que sostiene uno de ellos.

—Levante las manos. Si no se muere —continúa, mientras la detiene y le da la vuelta.

La señora Matilde saca el gas pimienta del bolso y le riega los ojos al tipo. Él grita, se restriega los ojos. El otro se asusta. Por instinto levanta la pistola y dispara dos veces a quemarropa, en el pecho de la mujer.

Ella cae al piso. Sus manos todavía tiemblan, pero dura poco. Lerwin se asusta con el ruido y se echa al suelo. Daniel mira detenidamente a la señora. La reconoce de vista, la ropa le desorientó al principio. Era la tía de Arnold. Lerwin todavía no puede ver nada así que lo ayuda a levantarse, y a correr, para que no los vean y evitar que él mire al cuerpo de la mujer, por si llega a reconocerla.

Hubo silencio por un instante. La señora Dubraska, otra de las mujeres del barrio vio parte del suceso desde lejos. Reconoció a Daniel y a Lerwin pero no a la mujer. Se acerca al cuerpo con la esperanza de no saber quién es. Tapa su boca con las manos, trata de contener las ganas de llorar y se persigna. La conocía y también a su sobrino.

Arnold estuvo solo por un rato. Se quedó despierto preguntándose qué pasaba con su tía. Jamás se había tardado tanto en regresar a la casa. Al rato alguien le toca la puerta. El señor Ramón pasa y le pide que se

siente. Le da la noticia con todo el tacto que puede. Arnold se pone pálido. Se le aguan los ojos. Pero sale con el señor Ramón para identificar el cuerpo de su tía. Siempre recordó el sentimiento que tuvo antes de ver el cuerpo. Ese deseo de que todo sea un error, de encontrarse a alguien más tras la sábana.

A la mañana siguiente se dedicó a hacer el papeleo. No hubo velorio por lo pronto. No contaban con seguro funerario ni los recursos para financiar la ceremonia.

Se supo muy poco de él por unos días; permanecía encerrado, sin ir al liceo. Tampoco hablaba con los vecinos.

La tarde del lunes alguien toca a su puerta. Se asoma rápidamente. Es la señora Dubraska.

—Dígame —dice Arnold secamente tras la puerta entreabierta.

—Tengo que contarte algo papito ¿puedo pasar? —pregunta la mujer con timidez.

Arnold le abre la puerta y la invita a sentarse. No le ofrece nada para tomar, quiere volver a estar solo lo antes posible.

—¿Cómo te has sentido? —le pregunta.

—Mejor.

Hay un silencio corto. Arnold retoma:

—¿Qué me iba a contar?

—Yo vi lo que le pasó a tu tía.

El muchacho se estremece.

—Vi quienes fueron —continúa Dubraska.

Otro silencio.

—¿Quiénes fueron? —pregunta con lágrimas en los ojos —¿Quiénes le hicieron esto a mi tía?

—Daniel y Lerwin la estaban asaltando. Daniel le disparó —dice la señora Dubraska con un nudo en la garganta.

—No puede ser. Ellos no asaltan a gente del barrio.

—Dirás que no, pero yo los vi. Y puedes preguntarles a los vecinos. La policía encontró una lata de spray pimienta cerca de ella y esa misma noche Lerwin buscaba quien le atendiera los ojos porque los tenía irritados. Yo vi cuando ella lo roció. Pero Daniel fue el que le disparó.

Arnold pasa esa noche en vela, llorando de la rabia. Sacó la pistola que todavía nadie iba a recoger y la sostuvo por un rato. Quería vengarse, por más miedo que le diera. No estaba seguro de si tendría el valor de matar a alguien a tiros, pero quería hacerlo..

Al día siguiente solo aguardó hasta que llegara la hora. Se sienta en una de las esquinas del laberinto por el que termina el barrio y aguarda en silencio. Poco antes de que sean las 6 de la tarde, Arnold ve a Daniel pasar, y lo sigue por el callejón.

Las Mesitas

Domingo, poco más de las dos de la tarde. Horacio va a la panadería *La Tía* a comprar su pan. Pide un

cafecito para acompañarlo y se sienta en una de las mesitas de afuera del local a comer. Moja el pan en el con leche y muerde. No es lo mismo el pan de las dos que el de las cinco. Este no está recién hecho, ni seguirá caliente cuando pasen El Chavo del 8.

Al frente, a dos mesas de él, Arnold come una pequeña milhoja, el postre que comía con su tía Matilde cuando tenían dinero para darse el gusto. Ve el letrero apagado: piensa que el nombre del local le gasta una mala broma.

Arnold mira hacia adelante y cruza miradas el hombre que está a unas mesas. Horacio queda paralizado con el pan en la boca. El chamo por el que cambió su horario del pan hace semanas estaba justo en frente de él, acompañándole en su merienda. Arnold lo percibe como el único testigo de su crimen. Aunque en el barrio se les hiciera obvio quién fue el verdugo de Daniel, nadie lo molestaba por ello. Mató a Daniel pensando que nadie vengaría a su tía, pero quizás era cuestión de tiempo para que los demás lo enjuiciaran por matar a una anciana del barrio. Era lo de menos. Ya no quería saber nada de robos, ni asesinatos ni nada. Horacio, por su parte, no puede evitar acordarse del segundo en que la pistola le apuntó a él, antes de que el joven saliera corriendo. No se dijeron una palabra, ni se hicieron una seña o alguna mueca. Entre ambos solo hubo una forma incomprensible de empatía.

Contenido

Javier quería matar a alguien	5
La caída	11
El monstruo en la ventana	17
El loro en el candil	21
La misma noche	27
La Hoja	29
El vidente	35
El té alocado de la abuela	37
Media araña	45
Los cazadores de Brujas	57
Noche de suerte	65
La Trilogía del Pan	75
Horacio	75
Arnold	79
Las Mesitas	88

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com